



Un idilio
POR LOS PELOS

Ariadna Baker

Un idilio
POR LOS PELOS

Ariadna Baker

Primera edición.

Un idilio por los pelos.

Ariadna Baker

©Marzo, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Siempre tuve vocación de peluquera. Recuerdo que desde niña ya me encantaba peinar a mis amigas, incluso a mi madre, que tenía una larga melena negra como una india. Con mis pequeñas manos le hacía unas maravillosas trenzas y recogidos que todo el mundo me celebraba. Las horquillas que le ponía por aquí y por allá eran casi más largas que mis dedos.

—Te veo peinando a las famosas, cariño —solía decirme cuando todavía ni había hecho mi Primera Comuni3n. Sus palabras me llenaban de orgullo.

—¿A Madonna? —le preguntaba, ingenua de mí.

—A Madonna y a todas las *top models* y actrices de Hollywood.

Ese era mi sueño a esa edad, pero mi padre tenía otros planes de futuro para mí y para mi Marta, mi hermana gemela. Con ella no tuvo ningún problema porque tenía muy claro que quería ser ginec3loga, sin embargo, cuando yo terminé la ESO y quise matricularme en una academia de peluquería, me llevé el chasco de mi vida, y es que me di de bruces con un muro inquebrantable.

—De eso nada, Ingrid. Quiero que mis dos hijas tengan una carrera universitaria, así que termina el Bachillerato y ya veremos a qué universidad te envío después.

—Pero ¿por qué? —protesté.

—Porque lo digo yo, y punto —así de tajante ha sido siempre mi padre.

—Luciano, deja a la niña que estudie lo que a ella le guste —intervino mi madre.

—Eso, Fabiola, tú ponte de su parte como siempre. ¿Es que en esta casa no tengo voz ni voto?

Cuando se ponía así, no había quien pudiera con él. Y eso de que no tenía ni voz ni voto... en fin. Mi padre no es mala persona, pero sí de ideas fijas. En cuanto a mi madre, tiene un carácter muy blando y siempre se ha dejado llevar por él para evitar enfrentamientos, cosa que nunca he entendido. Una cosa es ser un gallo de pelea y estar a la gresca a todas horas y otra que no se impusiese en casos como este que estoy contando.

Por aquellos días me harté de llorar, viendo que no había nada que hacer. Había intentado hablar un par de veces más con él, pero en ambas con el mismo resultado; cero patatero.

—No te preocupes, cielo —me dijo mi madre una mañana cuando él se marchó a su consulta de dermatología a trabajar—, sabes que solo quiere lo mejor para vosotras dos.

—¿Es que lo vas a defender? Tú también sabes que quiero estudiar peluquería, además, que no me veo yo estudiando una carrera. Yo no tengo el coco de mi hermana ni de cachondeo.

Eso era cierto. Los libros no estaban hechos para mí y me costaba la misma vida metérmelos en la cabeza. Marta era harina de otro costal. Ella disfrutaba devorándolos y siempre sacaba las mejores notas de clase, pero yo iba aprobando cada curso por los pelos. Esa era otra de las razones que me llevaban a querer ser peluquera.

—A ver, hija, no es eso lo que quiero decir —prosiguió—. Me refiero a que todavía eres muy joven, estudia algo que no te resulte muy complicado y luego ya se verá. Cuando tengas tu título

universitario en la mano, lo mismo cambias de opinión. O él. Pero hoy por hoy... tú sabes.

Sí, sí sabía lo que quería darme a entender. A mis dieciséis años, estando bajo el mandato de mi padre, lo tenía muy crudo. Y lo de emanciparme era inviable; con esa edad y sin ninguna experiencia laboral, difícilmente iba a encontrar un trabajo que me permitiera irme de casa para poder hacer con mi vida lo que me diese la gana.

El día que terminé el Bachillerato y le anuncié a mi padre que había decidido estudiar Enfermería, se conformó a medias.

—Pues hija, para eso, por un poco más de esfuerzo, estudia Medicina.

Hasta ahí podía llegar la broma, pensé. Seis años de carrera y uno preparando el MIR volviéndome loca ya del todo. Ni de coña, vamos. Precisamente lo que yo quería era ganar tiempo. Mi plan era estudiar una carrera de cuatro años y luego... a correr. Para entonces una tendría otra edad y mi padre no podría echarme ya el freno tan fácilmente. Seguía empeñada en ser peluquera tarde o temprano.

—No, papá. La medicina para Marta. Ella ha salido a ti, pero yo no llego a tanto —le repliqué.

Bueno, en realidad, Marta había salido a los dos, porque mi madre también estudió en su día Veterinaria. Ejerció como tal durante unos años, pero un problemilla de salud que ahora no viene al caso la obligó a retirarse.

Él, que era consciente de que yo no estaba tan capacitada para los estudios, debió entender que era preferible que me metiera a hacer Enfermería a que le dejase la carrera de Medicina a medias por no poder abarcar tanto.

El asunto es que nosotros vivíamos en un pueblecito del sur de Huelva que estaba a bastante distancia de la capital, de manera que me quedaba más cerca la universidad de Cádiz que la onubense. Esa otra tierra a orillas del Atlántico siempre me ha llamado mucho la atención, así que vi ahí la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: pasar unos añitos en la capital gaditana y, de paso, vivir una nueva experiencia, lejos del seno familiar. Por suerte, en eso mi padre no puso ninguna objeción.

—Muy bien, pues ya sabes. Ve buscándote por internet un piso de esos compartidos para estudiantes. Para ti y para tu hermana, claro.

—Pero ¡papá! —protestó Marta.

—Ni papá ni gaitas —otra vez le salió su vena mandataria—. Os iréis las dos juntas a Cádiz, así os estimuláis la una a la otra con los estudios.

Mi hermana tampoco fue capaz de quitarle la idea en lo tocante a ella. Marta llevaba para entonces tres o cuatro meses saliendo con Claudio, un chaval de nuestro pueblo bastante guapo y espabilado que había montado una ferretería.

Aunque nunca llegó a decirlo, yo sabía que Claudio no era para mi padre santo de su devoción, y no porque el chaval fuera un pintillas ni nada por el estilo. Al revés, era un chico guapo, con muy buena presencia y bastante majete.

Como cada uno sabe lo que hay en su casa, yo conocía bien la mentalidad de mi padre (distinta también en ese sentido a la de mi madre) y sabía que a él Claudio le parecía poca cosa para su hija, aunque no lo dijese. En el plan iba yo también por delante. Sus hijas tenían que casarse con alguien de más nivel, esa era su pretensión.

Nunca he llegado a entenderlo, la verdad, pero él es así. Ahora bien, si me hubiese visto por entonces en la misma papeleta de Marta, ahí sí que hubiéramos tenido un buen rifirrafe mi padre y yo. En el amor no parto peras con nadie, pero por aquellos tiempos yo no tenía pareja aún. Hasta entonces solo había salido con un chico, hijo de un farmacéutico del pueblo, y nada más que dos

meses.

En cuanto a mi hermana, tuvo que jorobarse con lo que había, aunque tampoco era un drama: iríamos a diario a clase en Cádiz y los fines de semana tiraríamos las dos para casa.

Al comenzar el verano nos pusimos como locas a buscar piso. Llamamos a un montón de teléfonos, pero nos encontramos con que la mayoría de las habitaciones ofertadas en los anuncios ya estaban apalabradas. Además, nosotras queríamos habitaciones independientes, a lo que estábamos acostumbradas desde siempre. Eso nos complicaba más aún la búsqueda.

—No, si ya verás tú —decía Marta—, me veo metida en una pensión.

—Qué exageradas eres, por Dios. Todavía queda mucho verano por delante.

Así era, pero no sería hasta finales de agosto cuando dimos con el piso ideal en el que poder vivir las dos durante nuestros años de universitarias. No obstante, cogimos un tren y fuimos a verlo con nuestros propios ojos, que las fotos a veces engañan mucho.

Aquellas le hacían justicia. El piso estaba situado en la última planta de un elegante edificio del paseo marítimo y tenía unas preciosas vistas al mar. En él vivía Mariola, una joven profesora de instituto.

—Todo este tiempo han vivido aquí Saray y Rocío, pero ellas ya terminaron sus estudios a finales de junio y se volvieron para San Roque —nos explicó—. Luego he alquilado las habitaciones por quincenas a gente de fuera, porque en esta zona se paga un pastón en verano.

—Tiene que ser una gozada vivir aquí todo el año, aunque no sea en época de playa ¿no? —le pregunté mirando absorta por la ventana.

—Lo es. A mí me da igual que sea pleno invierno. Muchas mañanas de domingo me bajo con el chándal y las deportivas y me voy andando por la arena hasta Torregorda.

—¿Dónde está eso?

—Para allá —señaló con el dedo a la izquierda—. Cerca de San Fernando ya. Un día seguí y me planté en La Isla. Otras veces tiro para el campo del Sur.

—Parece un bloque muy tranquilo, ¿verdad? —fue Marta la que se lo preguntó.

—Relativamente. En verano hay más ajeteo porque muchos propietarios tienen esto como segundas viviendas y las alquilan por temporadas, ya sabes, por semanas, quincenas... según les convenga. Los únicos de esta planta que vivimos siempre aquí somos Elena y yo.

—¿Elena? ¿Una pelirroja muy alta?

—Sí, ¿la has visto ya o qué?

—Creo que sí, ¿es la de la puerta justo enfrente?

—Exacto.

—Ha subido con nosotras en el ascensor.

—¿Iba sola? —me preguntó Mariola.

—Sí, ¿por?

—No, por nada. Ya conoceréis a Albano, el hijo. Es un chaval de vuestra edad. Bueno, no, tendrá ya veinte o veintiún años. Os va a caer bien, es un encanto de chiquillo.

Marta y yo volvimos para el pueblo más contentas que unas castañuelas, seguras de que íbamos a estar en aquel lugar súper a gusto. Aparte de tener unas vistas espectaculares, el piso era una virguería de bonito, tenía una ubicación estupenda y nuestra casera parecía una chavala muy simpática y servicial.

Por lo que nos contó también, tenía veintiocho años y un novio en Salamanca que era profesor de educación primaria. No podían verse con la frecuencia que les gustaría, pero parece ser que la suya era una relación que marchaba viento en popa después de seis años juntos.

En cambio, como digo yo, nadie tiene la felicidad completa. Mariola era huérfana de padre y madre. Además, la desgracia quiso que perdiese a ambos con muy poca diferencia de tiempo. Ese piso, el mismo en que se había criado, lo había heredado de ellos en su totalidad al no tener hermanos.

—Le tengo un cariño muy especial —llegó a decirnos—. Ni poniéndome por delante todo el oro del mundo me sacan a mí de aquí.

Ese era el motivo principal de que la suya fuese una relación a distancia, y es que su chico, de momento, tampoco podía trasladarse a Cádiz por su trabajo.

Por ella supimos también que su vecina Elena era madre soltera. Nadie conocía la identidad del padre de Albano, pero según las malas lenguas, nos contó Elena, era hijo de un importante político que vivía en Madrid y que estaba casado. Tal vez tanto secretismo obedeciera a esa circunstancia.

—Vaya usted a saber. A mí, como comprenderéis, me importan tres puñetas quién es el padre de la criatura. De todas maneras, no creo que la gente ande muy desencaminada, porque Elena vive como una marquesa, y digo yo que su sueldo como redactora en “El diario de Cádiz” no será malote, pero tampoco creo que dé para tantos lujos.

—Menudo bolso de Carolina Herrera que llevaba la mujer —apuntillé. Ese debe cortar un ojo de la cara.

Está visto que cada casa es un mundo. Para nosotras también se abría un mundo nuevo a nuestros pies, una aventura que acababa de comenzar...

Capítulo 2



En la segunda quincena de septiembre volvimos para allá con nuestros maletones, dispuestas a empezar nuestras respectivas carreras.

Marta y yo acudíamos diariamente a clase y comenzamos a hacer algunas amistades, pero con quien de verdad hicimos buenas migas desde el primer momento fue con Mariola. A veces salíamos por la tarde con ella para darnos una vuelta por la ciudad e ir conociéndola más a fondo. Sobre todo yo, y es que Marta se tomó muy a pecho desde el principio sus estudios y la mitad de las veces prefería quedarse en casa encerrada.

Aunque Cádiz capital no es muy grande, cabe decir que es una ciudad preciosa que guarda leyendas apasionantes por muchos de sus rincones. Uno de los que más me impactó fue el callejón del Duende, en el corazón del barrio del Pópulo. La estrecha callecita tiene en su entrada una verja de barrotes de hierro cerrada a cal y canto, a través de la cual se ve un reguero de monedas desparramadas por el suelo.

—Tira una tú también—me pidió Mariola.

—¿Para qué? —no entendí la finalidad.

—Tú hazme caso. Te traerá suerte. —No me dijo más.

Por extraño que resulte, hasta pasado casi un mes en el piso no me encontré cara a cara con Albano, el hijo de nuestra vecina. Con Elena sí que habíamos coincidido bajando en el ascensor alguna mañana, ella de camino a su trabajo y Marta y yo a nuestras clases.

Aquel día no me encontraba bien y decidí quedarme en casa. Tenía las tripas muy revueltas y había vomitado un par de veces, por lo que a media mañana bajé a una tiendecita cercana a por una botella de Aquarius.

Al entrar en el edificio me topé con él esperando al ascensor. Iba en bañador y chanclas de playa, con una toalla dejada caer en el hombro. Me pareció el chico más guapo que había visto en toda mi vida, con aquel pelo negro ensortijado y unos ojos verdes que quitaban el hipo.

—¿A qué piso vas? —me preguntó, dentro ya.

—Al octavo —le respondí tímidamente.

—Toma, qué bueno, yo también. ¿Estás viviendo en casa de Mariola?

—Sí.

—Yo vivo enfrente, me llamo Albano —me sonrió—. ¿Y tú?

—Ingrid.

—Bonito nombre, y muy original. Me ha dicho mi madre que también vive con vosotros una hermana tuya, ¿no?

—Sí, Marta. Y somos gemelas, así que no me extrañaría que nos confundieras, porque somos igualitas.

Lo somos. Y es verdad que a más de uno le ha pasado eso, en gran parte porque las dos

llevamos siempre la misma melena de tirabuzones rubios por encima de los hombros. La anécdota más curiosa nos ocurrió una mañana, estando en el instituto, cuando yo acababa de empezar a salir con aquel chico que comenté.

Marta estaba sentada en la escalinata de la entrada charlando con una amiga. Al verla, Eduardo se le acercó con disimulo por detrás y la rodeó con sus brazos por el cuello.

—¿Dónde está la chica más guapa del planeta? —le preguntó por lo visto. No contento, acto seguido le arreó un besazo en el cachete.

La otra, que no le conocía todavía, al encontrarse de repente con esa papeleta le soltó un cachetazo y se quedó tan pancha. Luego nos partiríamos las dos de la risa mientras me lo contaba.

Esto de ser como dos gotas de agua también tiene sus ventajas. Suplantación de personalidad, se diría cuando fuese de mala fe el asunto. En cambio, a nosotras nos ha servido para hacernos más de un favor la una a la otra. No sería la primera vez que me manda a correos con su DNI para recoger un paquete a su nombre o que yo la envío a ella a cualquier otra gestión por el estilo.

A lo que íbamos; efectivamente, Albano me dio la sensación de ser un chico muy simpático. De hecho, al llegar a la última planta se quedó hablando un poco conmigo en el rellano de la escalera y prometió pasar a vernos un rato por casa de Mariola.

Anda que tardó. La tarde siguiente, supongo que calculándose que estábamos las tres allí, llamó a la puerta con una botella de Coca Cola en la mano y un paquete de patatas fritas. Puede sonar a falsa vanidad, pero me atrevería a decir que, desde esa misma tarde, sentados los cuatro en la terraza y contemplando una espectacular puesta de sol, ya noté algo en él, en su forma de mirarme...

Y también esa misma tarde supe por su propia boca que ese guapísimo chico estaba estudiando... nada más y nada menos que peluquería. Casi me da un telele, y es que me sirvió en bandeja mi propio sueño entre algodones, ese que yo tenía apartado temporalmente de mi cabeza pero que no había enterrado.

Albano tenía la misma ilusión; la de abrir en cuanto pudiese su propio salón de peluquería, algo a lo que la cuentista de su madre, según él, estaba dispuesta a ayudarle. Todo eso después de que el chaval empezara a estudiar la carrera de Marketing en Jerez y la dejara plantada en el segundo año.

Por la noche, una vez que se marchó, me quedé a solas con Mariola en la cocina.

—Es lindísimo —le solté sin poder contener la emoción.

—Ya te lo dije. ¿Te acuerdas de la moneda del callejón del Duende?

—Sí, ¿por? —le pregunté extrañada, sin entender a qué venía la pregunta.

—Por nada, por nada —Mariola me guiñó un ojo y una sonrisilla picarona asomó a sus labios.

“Te traerá suerte” fueron sus palabras en aquel momento. ¿Se habría dado cuenta ella también de la forma en que Albano había estado mirándome? Un par de veces o tres le pillé mirándonos a Marta y a mí volviendo la mirada rápidamente de la una a la otra como si estuviese comparándonos. Poca, muy poca diferencia física hay entre nosotras, por no decir ninguna.

En lo que sí somos diferentes es en el carácter. Ella es menos habladora y mucho más tímida ante los desconocidos. Yo soy bastante más abierta.

El asunto es que a partir de aquel día Albano empezó a tomar aquello como una rutina, me refiero a lo de pasar por casa para echar el rato con las tres. Algunas veces Mariola andaba por ahí, otras era Marta la ausente, ella siempre tan responsable con sus estudios.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba tonteando con él, después de que me invitase al cine una tarde. Para diciembre ya estábamos saliendo oficialmente. Yo, más feliz que una perdiz dando

vueltas con Albano por todas partes, empecé a descuidar mis estudios, que, por cierto, no me gustaban ni chispa.

Como no podía ser de otra manera, todo eso me pasó factura en los primeros exámenes. Ni la mitad de las asignaturas aprobé. Por contra, Marta aprobó todas las suyas y con excelentes notas, para no variar.

—Madre mía, bueno se va a poner tu padre cuando se entere, Ingrid —fue lo primero que me dijo mi madre al contárselo.

De lo que sí que me guardé bien de contarle fue lo mi historia con nuestro vecino. Había hecho con Marta un pacto de silencio durante todo ese tiempo porque no quería que se enterasen de eso bajo ningún concepto. Conocía a mi padre y sabía que, si le fallaba en los estudios, le achacaría toda la culpa a mi relación con Albano. Tampoco hubiera sido justo. La microbiología, la biofísica, la radiología y tal y pascual no estaban hechas para mí e igualmente las hubiera suspendido.

—No puedo más, mamá, no puedo más —le decía en esa misma conversación.

—Hija, qué pronto tiras la toalla. Haz un esfuerzo, por Dios bendito.

—¡¡No!! ¡Ya está bien! —según di esos gritos, me avergoncé de la salida de tono y rompí a llorar. Mi madre no merecía que le hablase así.

—Ingrid, por favor, cálmate. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Mi cabeza reaccionó rápido. Sabía por dónde atacar.

—Me da igual, ahora mismo hago la maleta y me voy para allá. Me pondré a trabajar en lo que sea, como si tengo que ponerme a limpiar casas o escaleras, lo mismo me da que me da lo mismo, ¿me entiendes? Eso o me meto a estudiar peluquería aquí y me saco el título.

—No, si tú también eres cabezona como uno que yo me sé. Dichosa la ramita que al tronco sale.

—Eso. Tú lo has dicho. Cuando llegue papá a casa a mediodía, le llamo.

—¡¡No!! —fue ya mi madre la que alzó la voz—. Ni se te ocurra. Déjame hablar primero a mí con él, a ver si consigo que vaya entrando en razón.

Tenía nada más que el cincuenta por ciento de posibilidades, pero la suerte se posicionó a mi favor. Más que la suerte, el binomio formado por el tacto de mi madre y mi testarudez. Mi padre entendió finalmente que no haría carrera de mí, nunca mejor dicho, y terminó accediendo a que me matriculase en el mismo centro que Albano con tal de que no me plantase en el pueblo y me viera echa una desgraciada echando por todas partes un currículum que brillaría por el blanco de sus páginas. Además, en mi pueblo no había muchas posibilidades de trabajo, distinto hubiera sido en una gran ciudad.

La única condición que me puso fue que terminara el primer curso de Enfermería, una pamplina, a mi entender. Si en febrero aprobé tan solo la mitad de las asignaturas, en junio ya “me lucí” porque nada más que aprobé dos. Una joyita de estudiante la Ingrid Gutiérrez, vamos.

Recuerdo como si fuera ayer mi primer día como estudiante de peluquería. Iba yo para el centro en el autobús, con mi Albano al lado, más contenta que el Falete camino de una matanza.

Además, pensaba cursar paralelamente los estudios de estética. Mi chico pretendía que el suyo fuese un salón completito donde ofrecer ambos servicios y pensaba buscarse a alguien que lo llevara con él, ya fuese un trabajador a sueldo o un socio a medias. ¿Quién mejor que yo para ese puesto?

Una vez que mi padre ya había entrado por el aro, no me cabía la menor duda de que me ayudaría también en ese sentido. Sería la bomba ya; un negocio compartido con un chico que había

entrado pisando fuerte en mi corazón y que por día que pasaba estaba más unido a mí.

Esto va por turnos. Mientras yo me había echado un novio nada más llegar, Marta había pasado a estar de nuevo soltera y sin compromiso. Mi hermana dejó a Claudio de un día para otro a poco de empezar su carrera. Ahí no hubo ninguna tragedia, simplemente que ella, tan responsable siempre, prefirió dejarlo correr para centrarse exclusivamente en lo que estaba.

Nunca he podido entender esa frialdad, y es que soy de esas personas que piensan que, si uno se organizaba bien, siempre se saca hueco para todo lo que interesa. Como ya he dicho, por dentro éramos bastante distintas. Me consta que al pobre del chaval le sentó como un jarro de agua fría.

Con lo que no contábamos ninguna era con lo que le ocurriría al novio de Mariola después de Navidades. Ni siquiera ella. El chico trabajaba en un instituto cuyas dependencias eran propiedad del obispado de la zona. Después de cuarenta años seguidos en régimen de alquiler, las partes no fueron capaces de llegar a ningún acuerdo para la renovación del contrato. Por consiguiente, tanto los alumnos del centro como la plantilla completa de profesores se verían en la calle al terminar aquel curso escolar.

El alumnado lo tenía más fácil, pues sería distribuido entre el resto de los institutos de la ciudad, pero a los profesores, de momento, no les quedaba otra que ir guardando cola en la puerta del INEM, Adrián el primero. Al enterarme por Mariola de la nueva situación de su chico, me temí lo peor...

—Y ahora que se queda sin trabajo, ¿qué piensa hacer?, ¿venirse para acá? —le pregunté nerviosa. Mis temores apuntaban a la posibilidad de tener que marcharnos de aquel piso en que Marta y yo estábamos tan a gusto.

—Todavía no lo tiene muy claro, pero es posible.

—Vaya. O sea, me alegraría por ti, pero...

Mariola no me dejó terminar, imaginándose lo que iba a decirle.

—Hey, niña, pero tú no te preocupes, que eso no quiere decir nada. En caso de venirse al final, vosotras no me estorbáis aquí.

Era un alivio, pero quieras o no, ya no me quedé tranquila. A fin de cuentas, nosotras no conocíamos de nada al tal Adrián y la convivencia podría dar un buen giro. ¿Y si resultaba ser más raro que un perro verde? ¿Y si después le comía el coco a Mariola y nuestra casera terminaba poniéndonos de patitas en la calle? Sería una gaita...

Capítulo 3



Por fortuna, Adrián resultó ser otro encanto de persona, al igual que su novia. Dios los cría y ellos se juntan. El chico aterrizó en Cádiz a principios de ese verano en cuanto terminó el curso escolar con que concluiría definitivamente la actividad académica en aquel edificio perteneciente al clero.

Tanto mi hermana como yo hicimos buenas migas con él desde el principio. En cuanto a mi relación con Albano, cada vez estaba más consolidada, una relación que tuve que terminar contando a mis padres, aunque lo hice como a mí me pareció, siempre en complicidad con Marta. Por no reconocer el tiempo que llevaba con él, les dije que era un compañero de clases de peluquería al que había conocido al comenzar allí el primer curso.

Era sumamente feliz con él y él conmigo. Estábamos muy enamorados y, entre clases y clases, aprovechábamos para ir juntos a todos lados. Antes de terminar nuestra preparación como peluqueros ya habíamos comenzado a mirar locales por Cádiz para poner nuestro negocio.

No teníamos aún donde caernos muertos, lógicamente, por lo que mi padre, aunque terminó claudicando, puso el grito en el cielo al saber nuestras intenciones.

—Pero vamos a ver, Ingrid, hija mía. ¿Me estás diciendo que pretendes quedarte a vivir en Cádiz y poner un negocio a medias con este hombre? ¿Y si luego no te va bien? ¿Eh?

—Papá, a Albano y a mí esto se nos da de lujo. Además, su madre tiene muchas amistades que seguro que vendrán a nuestra peluquería y...

No me dejó terminar la frase. Su cabeza iba más allá.

—No me refiero solo a eso, que también. Lo que quiero decir es que qué pasaría si os peleáis, ¿lo has pensado?

No, no lo había pensado. Es que ni se me había pasado por la mente esa posibilidad.

—Papá, por favor, confía en mí. Albano y yo nos queremos, es más... Mira, no pensaba decírtelo todavía, pero pretendemos casarnos en cuanto nos pongamos en marcha y ahorremos algún dinero.

—Madre mía, si me llegan a contar nada de esto al oído, no me lo creo, Ingrid. Tú ganas, y que sea lo que Dios quiera.

Entiendo que lo que iba a ser mi futuro no tenía nada que ver con lo que mi padre había soñado para mí, pero poco me importaba a esas alturas, aunque suene feo. No dejaba de ser mi padre, sí, pero estábamos hablando de mi vida y ya no estaba dispuesta a permitir que él ni nadie la orquestase.

Al final, como he dicho, entró en razón, a sabiendas de que lo necesitaba como nunca para hacer realidad mi sueño. Y consciente de que, de todas formas, pensaba luchar con uñas y dientes por materializarlo.

Gracias a Dios, mis padres siempre han tenido una situación económica bastante acomodada.

Con su ayuda y la de mi suegra (ella sabría de dónde sacó la pasta, cosa que nunca le pregunté ni siquiera a Albano), en lugar de alquilar el local terminamos comprándolo directamente, seguros de nuestro éxito. Oye, y si no salía bien por el motivo que fuese, con traspasar el negocio o vender el local, listo.

Tengo grabado en la memoria cada detalle del día de la inauguración de nuestra peluquería. La cosa arrancó bastante mejor de lo esperado. La verdad es que contábamos con todas las papeletas para triunfar, puesto que el local, súper amplio y decorado con muchísimo gusto, tenía una ubicación excelente en mitad de una de las principales avenidas de la ciudad. Y, efectivamente, nuestras primeras clientas vinieron de parte de la madre de Albano; mujeres de mucho dinero a las que no les escocía lo más mínimo soltar los billetes en el mostrador.

Además, vendíamos toda clase de productos de peluquería y estética: cepillos, peines, ampollas para el pelo, mascarillas, champú, esmaltes de uñas, bandas de cera fría...De todo y más.

Al año justo de comenzar aquella aventura, Albano y yo nos casamos, formalizando así nuestra relación. Lo hicimos en el mismo Cádiz y fue una boda preciosa, aunque ahora no voy a extenderme relatando los pormenores porque no vienen a cuento. Lo único que diré es que tanta faena teníamos ya a esas alturas que no pudimos permitirnos el lujo de echar el cerrojazo para irnos de viaje de luna de miel, como nos hubiese gustado.

Un par de meses después de nuestra boda, viendo que nos abarcábamos con tal volumen de trabajo, tuvimos que contratar los servicios de Jesús, un chico gay de treinta años, gracioso a rabiar y con mucha soltura en ambos campos. Lo mismo te maquillaba una novia con todo el arte del mundo, que teñía, cortaba y peinaba divinamente a mujeres de cualquier edad o les hacía manicuras de todos los estilos. Hay que reconocer que fue un buen fichaje.

El chaval no solo daba coba a las clientas mientras les secaba el pelo para que se arreglasen también las uñas o se depilasen las cejas o el bigote. Además, consiguió que gran parte de la clientela de la peluquería en que trabajara con anterioridad empezara a venir a la nuestra buscando sus servicios. Le teníamos puesto un sueldo fijo más sus buenas comisiones. La verdad es que el chico se lo merecía. Y en lo personal también estábamos encantados con él. Entre los tres formábamos un equipo perfecto que no paraba así nos lo mandase el médico.

Albano y yo vivíamos por entonces en una coqueta casita de Bahía Blanca. Por supuesto, queríamos ser padres, pero habíamos decidido dejar unos añitos antes de meternos en ese berenjenal. Tiempo habría, dada nuestra juventud.

Por aquellos días en que Jesús entró a trabajar con nosotros, yo no había cumplido aún los veinticuatro años. El problema vino más tarde, cuando la relación entre mi marido y yo empezó a enfriarse sin apenas darme cuenta.

No podría decir con exactitud en qué momento comenzó a cambiar nuestra historia de amor, pero sería unos cuatro años después de que mi menda lerenda empezara a trabajar con Albano codo con codo. No quiero decir con esto que discutiéramos ni nos peleáramos ni nada de eso, aunque ahora que lo pienso, entiendo que eso hubiera entrado en los parámetros normales de una pareja.

Lo malo es que Albano y yo ni discutíamos. Simplemente, la rutina se instaló entre nosotros y, con ella, la apatía. Ya apenas salíamos por ahí a cenar los sábados o al cine ni cosas de esas. Por mi parte, reconozco que tampoco me esmeraba mucho en dar chispa a la relación. Si él los domingos quería quedarse en casa descansando, leyendo un libro con las patas por lo alto del sofá, pues muy bien. Yo me los pasaba tan a gusto en pijama y bata tomando el sol en el porchecito

de nuestra casa, recortando las hojas de las plantas y poco más.

Tampoco le daba demasiada importancia al asunto, pero la cosa es que nuestra historia de amor se iba consumiendo poco a poco como una vela. Es cierto que los dos estábamos agotados con tanto trajín en la peluquería, al punto de que no nos habíamos concedido aún unas buenas vacaciones, pero esa es una excusa relativa.

Además, yo solita cometí el error de encerrarme en mi mundo. Me explico, no hacía nada por tener algo de vida social, sin contar con Albano, fuera de las paredes de mi casa o de la propia peluquería. Entre otras cosas, porque tampoco tenía muchas amistades en la trimilenaria ciudad a orillas del mar.

Marta terminó su carrera y del tirón se marchó a hacer el MIR a un hospital de Barcelona, ahí es nada; en la otra punta de España. La joía consiguió plaza en Dermatología, la especialidad que ella quería, a base de hincar día y noche los codos.

Mariola se casó con Adrián. El chico había tenido un golpe de suerte increíble consiguiendo trabajo en un instituto del Puerto de Santa María, meses después de caer en Cádiz. No tardaron en llamar a la cigüeña y tenían un bebé precioso. En definitiva, ella llevaba un plan de vida también bien muy distinto a cuando la conocí.

Eso sí, dinero no nos faltaba. Incluso hicimos ciertas obras en nuestra casita para ponerla más a nuestro gusto y nos compramos un cochazo.

Una mañana cualquiera de un mes de agosto apareció por la puerta un hombre que no habíamos visto nunca por allí. De entrada, creí que se trataba de un turista por su pelo rubio platino, su piel clara y sus ojos azules como el mar. El tipo tenía una planta que daba gusto verle. Le atendí yo según entró.

—Buenos días, ¿qué va a hacerse?

—Hola, quería depilarme el pecho y la espalda.

Poco vello podrás tener tú, me dije para mis adentros, aunque bien es verdad que tenía las cejas muy pobladas.

—Siéntese ahí, por favor —le pedí señalándole una de las butacas de la entradita del local. Tendrá que esperar como un cuarto de hora para que le atienda.

—No hay ningún problema. No tengo prisa —me contestó añadiendo una sonrisa preciosa. Para mí quisiera semejante dentadura tan blanca.

Hablando con él, enseguida me di cuenta de que me había equivocado de medio a medio con mis suposiciones acerca de su nacionalidad. Aquel monumento humano era más español que la mismísima Lola Flores, aunque acento andaluz no tenía precisamente.

Recuerdo que Albano se encontraba ausente en esos momentos porque se había acercado al banco a hacer unas gestiones. Jesús, terminando de secar el pelo a una chavalilla, no le quitaba ojo de encima al recién llegado y, cuando terminó de peinarla, me hizo una seña pidiéndome que le acompañase un segundo a la trastienda.

—Chiquilla, por mi madre de mi alma, ¿de dónde ha salido ese hombre?!

—Y yo que sé, chico, yo tampoco lo he visto en mi vida.

—¿Tú te has fijado en lo bueno que está? Ajú, qué calor me está entrando, hija—me soltó con su salero gaditano.

—Bueno, tú sabes, una todavía tiene ojos en la cara —se me escapó una risilla.

—Para ojos los de él. Qué barbaridad, qué pedazo de faros tiene en la cara el gachó. ¿Y qué es lo que dice que quiere hacerse?

—La cera en el pecho y en la espalda.

—¿Qué dices? Déjame a mí, que ya lo escaldo yo ahí en la cabina como a los camarones.
Me mondaba con las salidas de Jesús.

—Todo tuyo, pero ten cuidadito, a ver si lo vas a espantar antes de quitarse la camiseta.

Se lo decía en broma, como es natural. Jesús era un guasón de tomo y lomo, y mucho de boquilla, pero a la hora de la verdad no se deslizaba ni un pelo, aunque para ello a veces tuviera que contenerse las ganas. No era la primera vez que entraba un hombre bien atractivo por la puerta y se ponía en sus manos. Pero jamás tuvimos ni Albano ni yo ninguna queja sobre él en ese sentido...

Capítulo 4



Lo que me pude reír fue poco pensando en que mi Jesús estaría disfrutando como un cochino en un charco con aquel monumento. Sin embargo, a mí, unos minutos después, se me avinagró el gesto cuando vi venir a Jorge el cartero con una carta de esas de las que le dan un susto al miedo; de Hacienda.

—Yo no te digo *ná*, Ingrid, pero es de las certificadas y esas suelen venir con premio.

—Jorge, no me seas pájaro de mal agüero, anda, que bastante nerviosa me estoy poniendo.

—Si quieres me quedo aquí contigo por si necesitas refuerzos.

Si yo era joven, Jorge parecía un niño a mi lado, pero a ese se le veían las intenciones desde lejos.

—No, no te preocupes, tranquilo, que yo puedo solita.

Firmé el acuse de recibo y él se me quedó mirando, como si no hubiera entendido alguna parte de la corta frase que yo le había soltado.

El yogurín aquel debía tener más peligro que una piraña en un bidé, pero también le faltaba un hervor.

—¿Y bien? —añadí viendo que parecía que iba a echar raíces en la entrada del salón.

—Ábrela, mujer, que ya me he quedado preocupado yo también.

—¡Aire, hombre! Que estas son cuestiones privadas. —Me reí porque mientras lo decía di una palmada que él no esperaba, por lo que reaccionó con un bote considerable.

—¡Qué susto! Oye que yo tengo el corazoncito muy chico, ¿eh? Ten cuidadito conmigo, no me vaya a dar un infarto.

Lo que tenía el tal Jorgito eran más cuentos que Calleja, hasta ahí todos de acuerdo.

—Tira ya, hombre, que tengo mil cosas que hacer.

Siempre se repetía la misma historia, si veía que Albano no estaba buscaba la excusa que fuera para darle a la alpargata de lo lindo. Imaginaba que después no le importaría darse patadas en el culo por todo Cádiz con tal de lograr su objetivo; quedarse un ratito a mi lado.

A Albano no se le había ido por alto la forma en la que me miraba, aunque los días que estaba él salía corriendo como alma que lleva el diablo después de darme el correo.

—El niño este, ¿qué quiere contigo? —me comentó no hacía mucho un día después de ver que casi tenemos que recoger la baba del suelo después de que se fuera.

—Ni idea, cariño, será por la cuenta que yo le echo, pero estará empanado el niño.

—Apollardado más bien diría yo, pero que le estoy cogiendo un coraje que no veas...

Ya he dicho que la rutina y la apatía se habían instalado en nuestras vidas, pero ello no era óbice para que Albano siguiera teniendo su corazoncito y le dieran dos patadas en la barriga actitudes así. Hombre, es que de otra manera ya hubiera sido el colmo, si ni siquiera se le moviera nada cuando alguien me comía con la mirada.

A Jorge no le quedó más remedio que salir zumbando de allí como las abejas y yo abrí la carta. Se trataba de una corrección nimia, lo cual me tranquilizó. Por lo visto había una pequeña discordancia entre una factura emitida por nosotros y la emitida por un proveedor.

Llamé a Esteban, nuestro asesor, ya más tranquila.

—Hola, Esteban, que me ha llegado un temita de Hacienda que no hay que ser un lince para ver que no reviste demasiada gravedad, pero míramelo porfi, que ya sabes que estos hacen una montaña de un grano de arena.

—Sí, tranqui, guapa, claro que lo sé. Se escantilla uno y te sacan los ojos, no te preocupes que yo te lo arreglo.

—Sí, sí, que a mí no me gustan los sustos y menos con estos, que dejan a la Santa Inquisición en pañales.

—Que sí, que sí, que no te preocupes.

Justo le estaba colgando el teléfono cuando entró mi suegra por la puerta.

—Elena, ¿qué haces aquí? ¿Tú no estabas en Estambul?

—No, mujer, que volví ayer. Bueno está lo bueno, que me he pasado unos días de ensueño, ya te contaré.

Eso sí que se lo envidiaba a mi suegra, que tuviera todo el día la maleta en la mano. Eso y todo, a decir verdad, porque la mujer vivía como una marquesa sin haber dado palo al agua en su vida. Que yo no tenía queja de la mía, ¿eh? Pero que el dinerito cayera del cielo, ella seguiría sabiendo cómo, era un arte que dominaba a la perfección.

—Anda, pues qué bien, ya me contarás, ya. ¿Y qué quieres hacerte?

—Pues un completo, porque mira cómo traigo la cabeza, que parezco una escarola. En vez de en Estambul parece que he estado en Japón y que me ha cogido un tifón de esos, bonita.

Sus comparaciones también eran la pera limonera y tuve que aguantar la risa pensando en que un tifón le parecería que le había pillado al guaperas que tenía Jesús entre manos, si este pudiera dar rienda suelta a sus deseos.

—Qué cosas tienes, si tú siempre estás divina.

—Divina de la muerte, sí, pero que hoy no me puedo meter el peine en la cabeza. Dale tú, Ingrid, que tienes todo el arte. ¿Y mi hijo?

—Pues al banco que ha ido a hacer unas gestiones, pero no tardará.

—Vale, vale, y el buen repaso que le voy a dar. ¿Qué viene a ser eso de pasarse los fines de semana apoltronados en el sofá? Hay que ver mundo, hombre, que luego van a llegar los niños y esos acortan bien la cuerda.

—Ya, tampoco es que le haya dicho yo mucho de viajar últimamente, tenemos tanto jaleo que a veces ni tiempo para echar viento.

—Pues eso está muy mal, hay que organizarse y sacar tiempo para todo, que no se puede vivir solo para trabajar.

En eso, en lo de no vivir solo para trabajar era ella una maestra, por lo que lo mismo podía darme unas lecciones.

Tiempo atrás sí me llamaba la atención poderosamente lo de viajar con mi Albano, pero es que yo me había ido amarujando a marchas forzadas, con tanto quedarnos en casita y demás. Como mucho, algún fin de semana nos escapábamos a ver a mis padres, pero pare usted de contar.

Llevaba un ratito arreglando a mi suegra cuando salió Jesús, con una sonrisa más grande que su cara, parlotando a tope con el monumento rubio.

—Pues ya sabes lo que te he dicho, que realizamos todo tipo de tratamientos. No dudes en

acudir a nosotros, que estaremos encantados en atenderte, Sasha.

Arsa, qué nombre más chulo tenía, como correspondía a un portento de esa categoría.

Los ojillos de Jesús mientras le daba aquellos últimos consejos, brillaban más que dos luceros. Sin embargo, y dejando la modestia aparte, diría yo que el chaval no tenía los suyos puestos en él, sino más bien en mi dirección.

—Jefa, cóbrale a Sasha, que se va—me pidió y, como el rubio quedaba a su espalda, puso un puchero indicativo de la pena que su marcha le provocaba. Era un caso el *jodio*.

Por mucha confianza que depositáramos en Jesús, este era incapaz de tocar la caja. Decenas de veces le habíamos dicho que cobrara sin ningún problema, pero a él debía representársele que dentro de la caja había un león con la boca abierta a punto para zamparse su mano, porque no había forma.

—Ahora mismo voy. —Hasta hubiera jurado que Sasha sonrió al escucharme.

Elena se quedó mirando también al chico. Por mucho que pudiera ser su madre, ojos en la cara también tenía la mujer. Además, para mí que esas constantes escapaditas tuyas a Cuba, que cada dos por tres andaba por la isla, obedecían a que se debía traer un rollo con algún cubano. Y ponía yo mi mano en candela porque de su edad no era.

—Muy bien, ¿me abonas en metálico o con tarjeta? —le pregunté.

—Con tarjeta, por favor. —Su sonrisa ya era inequívoca, y me hizo gracia pensar que como abriera muchas veces la boca, me iba a deslumbrar con la blancura de sus dientes.

—Perfecto entonces. Pásala por aquí. —Le puse el datáfono por delante y me dio error.

—Lo siento, parece que no va. —Me sonrojé un poco porque, aunque yo era muy abierta y no me cortaba con facilidad, los problemas a la hora de cobrarles a los clientes me violentaban un poco. Y si eran así de guapísimos, había que añadir otro poco.

—Pues no entiendo, igual tiene la banda estropeada, prueba con esta otra.

Nuevo intento frustrado y una tercera tarjeta que me dio. Por falta de ellas no serían, eso desde luego.

—No entiendo porque puedo asegurarte que...

—No sigas, no hace falta. Es el datáfono, que ya les dije no hace mucho a los del banco que me había dado problemas un día. Y hoy parece que tiene ganas de guasa otra vez.

—Ok, pues voy a un cajero y vuelvo enseguida, ¿te parece? Te puedo dejar mi DNI en prenda, para que no pienses que no me vas a volver a ver el pelo.

Por lo tocante al pago me hubiera importado un bledo, porque el dinero gracias a Dios no era algo que me hiciera falta, pero lo de no volver a verle el pelo ni esa preciosa sonrisa hubiera sido una pena.

—No, hombre, estaría bueno que me tuvieras que dejar nada cuando además la culpa es nuestra. Y tampoco hace falta que vengas ahora, cuando buenamente puedas u otro día.

—Te lo agradezco, pero no soy de ir dejando pufos por ahí. Me doy una carrerita hasta un cajero y vengo en un santiamén.

Me tuve que morder el labio para no reírme, porque cuando Jesús escuchó eso de que se iba a dar una carrerita, dejó los ojos en blanco, como pensando en un Sasha sudoroso que le ponía en órbita. Era tremendo lidiar con él en circunstancias así.

—Como quieras, pero nada de carreras, tómate tu tiempo, por favor.

Sasha salió por la puerta y Jesús no volvía en sí, parecía haberse quedado en babia.

—No veas, ¿no, Jesusito? Esta noche sueñas tú con el rubiales ese—le preguntó mi suegra que también le había dado un repaso de arriba abajo con los ojos, allí el que no corría, volaba.

—Como para no soñar, Elena, ¿tú has visto el tipazo que tiene el gachó? Y no veas, ahí con el torso al aire y luego de espaldas, con un culo respingón de locura. Que no veas si me estaban entrando ganas de ensartarlo como a una brocheta y preguntarle ya después, si eso.

Nos hizo reír a carcajadas a ambas.

—Lo he visto, hijo, lo he visto.

—Casi igual que lo que me va a entrar ahora por las puertas, que ya le estoy temiendo. —Jesús tenía la agenda en la mano y una sonrisa burlona.

—¿Quién viene? —Lo miré imaginando su respuesta.

—Araceli, mi vecina Araceli, más linda ella...—ironizó.

Araceli era clienta antigua de Jesús y además vecina suya, que no se separaba de él allá donde fuera a trabajar. Y es que había una razón para que así fuera.

—Anda, te tocó, todo no iba a ser bueno—me burlé.

—Calla, calla, que me pongo malo. Mira que se lo digo veces, que si no le da vergüenza llevar las patas como a un soldado del cuartel de Camposoto, con todos esos pelos. Que cuando viene aquí ya es porque no puede más, Ingrid, pero que la tengo que desollar como a un cochino.

Me moría de la risa, no podía con sus salidas ni Elena tampoco pudo.

—¿Las patas, le dices que tiene patas? —le preguntó mi suegra.

—Hombre claro, si lo único que le falta es rebuznar y dar coces, qué quieres, ¿Que le hable de sus delicadas piernas? Por ahí no paso, antes muerto, yo la visto de limpio...

La diversión estaba servida, porque ambas teníamos ya la vista puesta en el momento en el que Araceli entrara por la puerta. Y la cara de asco con la que la recibió Jesús no tenía desperdicio; ser falso no era uno de sus defectos, eso lo firmaba yo.

Capítulo 5



Al mediodía caí en la cuenta de que Sasha no había venido a pagar. Me extrañó enormemente porque no tenía pinta de esos que se van haciendo un “sinpa”, por lo que pensé que sus razones tendría.

El salón lo teníamos de bote en bote, por lo que decidimos turnarnos para ir a almorzar.

—Ve tú, cariño, que yo no tengo hambre todavía. Piqué algo antes cuando salí a hacer a hacer las gestiones—me dijo Albano y yo vi el cielo abierto porque sí que estaba desmayada.

—Ains, ¿me puedo ir con ella? Mira que tengo más hambre que el perro de un ciego—repuso Jesús, que ese estaba siempre como Carpanta.

—Las damas primero, hombre, que yo no puedo con las dos mechas que llevamos a la vez.

Tenía razón Albano, que a profesional no le ganaba nadie, eso sí que podía decirlo de mi marido. A veces pensaba que, si hubiera puesto el mismo afán en nuestro matrimonio que en el salón de belleza, habría durado más que el de la reina Isabel con Felipe de Edimburgo.

De todos modos, no es que le viera yo el final al nuestro ni mucho menos. Albano y yo, aunque no estuviéramos precisamente de lo más acaramelados, contábamos con una vida fácil y cómoda. Por esa razón, no se me pasaba a mí por la cabeza salir de la zona de confort, ¡ni siquiera sacar un piecicito!

Y hablando de piecitos, me paré en un escaparate en el que vi unos zapatos monísimos. Yo era “la tonta de los zapatos” y contaba con una preciosa vitrina de cristal de suelo a techo en la que tenía un buen puñado más de pares de los que necesitaba.

Un día que Jesús estuvo en casa y los vio, me tuve que tronchar con sus cosas.

—Jefa, pero si este repertorio de zapatos no tiene nada que envidiarle al de Letizia, ¡qué barbaridad! Este es el sueño de toda mujer, ¡y el mío!

—Que no hombre, que no es para tanto.

—Que no es para tanto, dice. Si no fuera porque tengo un cuarenta y tres de pie no iba a dejar títere con cabeza, me los probaría todos, y desfilaría por aquí con ellos.

Gracias a Dios que no lo intentó porque me los hubiera reventado y a mí dado un infarto de miocardio, que para eso los tenía como oro en paño.

Pese a ello, Jesús hizo como que desfilaba con los zapatos por nuestro salón y Albano se llevaba las manos a la cabeza.

—Chiquillo, yo no es por nada, pero ¿cómo se puede tener tanta pluma en tan pocos años? —le preguntó mientras servía un aperitivo en el porchecito.

—Porque yo estoy seguro de que en otra vida he sido un pavo real, ¿y tú?

Albano lo miró sin saber qué decir.

—Pues mira, en la vida me lo hubiera planteado, no tengo ni idea. Menos profundidades y más birras fresquitas.

—Pues yo te imagino como un guerrero, así luchando junto a Atila—teatralizó.

Imaginación no le faltaba al chaval, como tampoco le faltaron a Albano motivos para pensar que Jesús estaba fantaseando con él y quiso cambiar volando de tema.

Me he ido, pero bien, por los cerros de Úbeda, que yo me quería referir a que con mis zapatos estaba siempre como Mateo con la guitarra y todo par que se me metiera por los ojos me parecía perfecto para aumentar mi colección.

El caso era que no tenía demasiado sentido, pues cada vez salíamos menos, pero yo disfrutaba viéndolos en la vitrina y punto redondo.

Estaba intentando fijar la vista en ellos, pues los reflejos del sol de aquel primavera mediodía no me dejaban ver con claridad, cuando vi a Sasha pasar volando en dirección al salón de belleza.

—¡Sasha! —vociferé y se volvió él, pero también media calle.

—¡Hola! No te había visto, perdona. Ya lo mismo pensabas que me había borrado del mapa, pero no era mi intención, te lo prometo. —Puso la carita del Emoji triste y ya, de paso y fuera del salón, me tuteó.

—No, hombre, ¿cómo iba a pensar eso? Y menos con lo pequeño que es Cádiz, estaría bueno.

—Claro, es broma. Mira, es que se me ha liado la mañana una barbaridad, iba para el cajero cuando me llamaron del trabajo y no tenía ni vuestro teléfono para llamaros. Por cierto, creo que no me has dicho antes cómo te llamas.

—Ah, Ingrid, me llamo Ingrid.

—Un nombre precioso y original—siempre se repetía la misma historia, a la mayoría de las personas se lo parecía así—, como su dueña, por cierto—añadió.

Ya lo de la coletilla no me pasaba tanto, la verdad. Pero viniendo de la boca de aquella monada andante me cayó estupidamente.

Igualito que cuando me tiraba los trastos un lotero que solía encontrarme muchas mañanas, que era más feo que Picio y que lograba que siempre atravesara la calle para no tener que escuchar sus piropos.

—Gracias, pues anda que el tuyo no es original tampoco ni nada. Poquitos Sasha debe haber en Cádiz, por no decir ninguno, aparte de ti, claro.

—Sí, sí, no es un nombre que abunde. Por cierto, bonitos zapatos, me encantan aquellos. — Señaló a unos determinados.

Me quedé muda porque de toda la colección que había en el escaparate eran los mismos que me habían encantado; una monería en verde agua con tacón de aguja, compuestos por una cinta de tela que recogía los dedos y otra para cruzar en las piernas a modo de sujeción.

—Pero bueno, si son los mismos en los que yo me había fijado.

—¿No me digas? Pues igual eso quiere decir algo, ¿no?

Sí que quería decirlo, pero no solo eso sino su forma de mirarme y hablarme. Hacía demasiado tiempo que yo no estaba en el mercado y mi entrenamiento en esas cuestiones era nulo.

Pensé que lo mejor era no contestar nada al respecto y poner un poco de cordura a aquello antes de que se me fuera un tanto de las manos. No eran ya solo las cosas que decía Sasha sino cómo las decía.

—Pues creo que voy a tener que dejarte que voy a comer algo. Acércate sin problema por el salón, que allí están Jesús y Albano, mi marido—carraspeé.

No fue casualidad que le soltara quién era Albano. Yo era una mujer casada y no iba a flirtear por ahí con el primer guaperas que apareciera, por mucho que se asemejara a uno de esos modelos cuyas imágenes ocupan las marquesinas de los autobuses, para deleite de los ojos de nietas,

madres y abuelas; es decir, de todas las generaciones.

—¿Tu marido? —me preguntó a continuación.

—Sí, Albano se llama—apuntillé.

—Ya, ya me lo has dicho.

Mira que su nombre también era original, pero ese ya parecía hacerle menos gracia a Sasha. Tampoco la posibilidad de ir a pagarle es que le hiciera saltar de alegría.

—Pues nada, quedamos en eso, ¿vale? Espero volver a verte—le solté y rápidamente completé la frase—, por el salón de belleza.

Mejor así, no fuera que las cosas se tergiversaran.

—Oye, ¿y has dicho que ibas a tomar algo?

—Sí, que tengo ya el estómago como un acordeón, por eso te tengo que dejar.

—¿Te parece si te acompaño y con eso cambio y te pago a ti?

Me quedé muda porque no esperaba tal ofrecimiento.

—Vale, no hay problema—murmuré después de titubear mentalmente durante unos segundos.

—Pues vamos entonces. —Su sonrisa lucía todavía más a la luz del día, que ya era decir.

No me pareció ir al lugar de diario, un bar de tapas regentado por Juani, una chica estupenda, pero un tanto chismosa, que me hubiera hecho un cuestionario mental al verme aparecer con semejante belleza.

En su lugar, nos dirigimos a un freidor de pescado que acababan de abrir en una calle aledaña que desprendía un olor de esos que suponían una auténtica provocación.

—Es lo que tiene Cádiz, que el pescadito frito atrapa, igual que sus calles, su alegría, su sol, su mar y sus gentes—me confesó mientras nos traían dos cervezas fresquitas y esperábamos el pescado.

—¿Y tú de dónde eres? Porque del barrio de la Viña me da a mí que no.

—No, yo soy madrileño, pero no quiero Madrid ni regalado para vivir. Ya sabes, con ese estrés, esa contaminación, esos atascos...

—Calla, calla, que me estás estresando, con lo bien que se vive aquí, a dos pasitos de la playa.

—Ni que lo digas, yo soy un enamorado del mar y de los viajes. ¿Y tú?

—Yo también, pero más bien de boquilla, porque después no creas que nos meneamos de aquí para nada. Siempre se quedan en buenas intenciones los proyectos, pero supongo que algún día tendremos más empleados o algo y podremos viajar. De momento poco más que ir a ver a mis padres a Huelva de tanto en cuanto...

—Yo también tengo a mi madre, que es viuda, en Madrid.

Qué mal fario tenían todos aquellos hombres con los padres, con lo importante que era para mí el mío, por mucho que me hubiera hecho pasar las de Caín con el tema de los estudios.

—Anda, así que de los Madriles, con razón tienes ese hablar tan fino.

—¿Sí? Pues mira que yo creo que se me va pegando mucho el andaluz, son alucinaciones mías, ¿no?

—Alucinaciones totales, te lo digo yo, que sueñas muy finolis.

Me encontraba a gusto en su compañía y eso que no lo conocía de nada. Imaginaba a Jesús viéndome por un agujerito y maldiciendo su suerte por no ser él el blanco de las miradas de Sasha.

Su viva mirada azul era un espectáculo, eso había que reconocerlo. Además, era una de esas personas que parecen que hablan con los ojos, además de que gesticulaba mucho.

—Aceptamos pulpo como animal de compañía—se quejó en broma.

—Y dime, ¿por qué lugares has viajado? —Me interesé.

—Buff, por muchísimos. El mes pasado estuve en Grecia, que es un sitio que me apasiona. Ya he ido tres veces.

Madre mía, qué cateta me sentí en ese momento. Me acordé de lo que me habría dicho Marta, que esa sí que se había convertido en un culillo de mal asiento que no paraba quieta. Vacaciones que tenía, vacaciones que cogía un avión y se plantaba también en la otra punta del globo. Igualito que servidora, y bien que me decía ella que un día me iba a arrepentir.

—Toma ya, pues te alabo el gusto.

El gusto fue escucharle hablar de todos sus viajes mientras degustábamos aquel exquisito pescado. No tenía demasiado tiempo, pues debía darles el relevo en el tajo a los demás, por lo que me quedé queriendo saber muchas cosas más de aquel hombre que me pareció tan interesante por dentro como atractivo fuera.

Sobra decir que no consintió que yo sacara la cartera, invitándome a comer, pero lo que tampoco pudo evitar fue que yo no le cogiera ni un euro por el trabajo. Me parecía lo justo y me bastaba con su intención total de pagar.

Nos despedimos con un par de besos y con su promesa de volver a visitarnos pronto. Según él, tenía numerosas cositas que ir haciéndose, razón por la cual lo íbamos a ver a menudo por allí.

Por lo visto, su antigua esteticista no es que fuera precisamente la delicadeza en estado puro y buscaba un buen servicio, que decía haber encontrado en nosotros. No sabía el servicio que le hubiera hecho Jesús, de haber tenido la oportunidad.

Me iba riendo con ese pensamiento de vuelta al trabajo, pensando también en que no sabía qué habría traído a Sasha en su día a Cádiz o a qué se dedicaría. Ya nos lo contaría otro día, o se lo contaría a Jesús, porque si estaba Albano no tendría yo muchas oportunidades de darle palique.

—Ya era hora, que estoy famélico—me dijo Jesús cuando entré por las puertas.

—Calla, anda, y vete a comer. —Se me quedó la sonrisita boba en la cara...una sonrisita que ya no recordaba y que coloreó especialmente mi día.

Capítulo 6



—Jesús, es que es horroroso, estoy como las señoras mayores, no puedo ni abrocharme bien el sujetador—le dije un par de semanas después.

Llevaba unos días fatal con un hombro. Tiempo atrás ya me había dado la lata en alguna ocasión, pero ahora me traía por la mismísima calle de la amargura.

—Tienes que ir a un fisio, Ingrid, que aquí te necesitamos, y tampoco es plan de que estés sufriendo.

—El hombro, ¿no? —me preguntó Albano, que entraba por la puerta con Fernanda, una pija amiga de su madre que nos caía fatal a todos.

—Sí, el hombro. Me tiene loca ya, esta noche apenas he podido dormir.

—Mucho estrés es el que tienes tú, niña. ¿Por qué no te apuntas a clases de pilates? Yo, desde que estoy yendo, me siento una mujer nueva.

Una mujer nueva decía, con la pila de años que tenía la engreída. Algo valía que a aquellas les pasáramos una cuenta de lo más gordita y la pagaban como el que lava y no enjuaga.

Jesús decía que era lo normal, porque una parte la teníamos que dedicar a ir al terapeuta después de aguantar a las cuentistas aquellas. Había que doblarse de risa con sus cosas.

—¿Que por qué no me apunto a clase de pilates? Lo mismo es porque no tengo tiempo ni para echar viento, Fernanda.

—Mujer, pues una parcelita de tiempo hay que reservarse cada día para una misma, que eso es fundamental.

Sobre todo, cuando se había casado una con un alto mando del ejército como ella y no había pegado un palo al agua en su vida, que siempre había tenido hasta servicio en su casa.

—Sí, sí, pues nada, lo mismo saco un huequito de tres a cuatro de la madrugada, pero no sé yo cómo le va a venir al monitor.

—Qué graciosa es tu mujer, Albano, es que tiene la gracia a esportones—le comentó ella, que o no cogía las indirectas ni a tiros o no las quería coger, porque tonta no debía ser según se lo había montado siempre.

Eché el día realmente fatal y por la noche no me podía dormir ni a tiros.

—Niña, así no puedes estar. Mañana coges hora en el mejor fisio de la ciudad, ¿o para qué tenemos el seguro privado?

—Ya, lo que pasa es que el último no me gustó demasiado, ¿te acuerdas? El tío era más bruto que un arado y salía de allí peor de lo que había entrado.

—Bueno, mira le puedo pedir referencias a Nati, la amiga de mi padre, que ella trabaja en una clínica.

—Pues sí, a ver si esta vez tengo más suerte, que de esta me quedo tullida, qué pena de mí.

Albano me dio un abrazo y hasta se levantó para hacerme una tila por si eso me ayudaba a

conciliar el sueño. No lo logré porque el dolor era intenso, pero al menos me calmé un poco. Yo era una polvorilla que no podía estar quieta y no me había dado de baja en la vida, por lo que esa idea no estaba en mi horizonte.

Por mediación de Nati, logré hora para el fisio la tarde siguiente, por lo que contaba las horas para ir. El dolor del hombro se me estaba extendiendo hasta el cielo de la boca, o eso sentía yo.

A las cinco estaba yo como un clavo en la consulta, con unas ganitas inmensas de que me dieran algún remedio para un dolor que me traía de cabeza.

No había otra parte del cuerpo que me pudiera doler, tenía que ser el hombro, como si los brazos no fueran importantes para una peluquera.

La enfermera me comentó que pasara y cogí el bolso. El dolor lo tenía en el derecho, por lo que me acordé del Cristo que lo fundó cuando me fui a echar el bolso en él.

Entré en la consulta y estaba vacía.

—El fisio viene en un santiamén, que ha ido al baño. ¿Estás bien? Te noto un poco pálida.

La enfermera era de lo más condescendiente, la muchacha.

—Sí, sí, es solo que me he mareado un poco del dolor, ya sabes...

—Te voy a traer un vasito de agua, mujer, que te veo muy mala cara.

Mi madre solía decir en esos casos que una tenía peor cara que la rodilla de una cabra, pero la muchacha no llegó a tanto. Hubiera sido la monda que me soltara eso así, aunque en la ciudad de los chirigotos por excelencia todo puede pasar. Y todo te lo tomas a risa, a la fuerza.

El caso fue que hizo bien en traerme el vasito de agua porque me lo tomé de un trago cuando vi que entró el fisio por la puerta.

—¿Sasha? —Abrí bien los ojos, pero la mente no me estaba jugando ninguna mala pasada.

—¿Ingrid? ¡Qué sorpresa!

Pero sorpresa, no lo sabía él bien. En las últimas semanas me había acordado bastante de él. Un simple almuerzo bastó para que despertara en mí un cierto interés, aunque no me lo quisiera reconocer ni yo por estar casada. Pero las cosas son como son y contra ciertas sensaciones es imposible luchar.

—Pues sí, no sabía que fueras fisio.

—Cierto, eso es porque no nos dio tiempo a hablar demasiado. Después lo solucionamos tomando un cafelito.

Sin más, antes de que le comentara lo que me pasaba, ya había trazado un plan para ambos.

No dije ni mu al respecto, y eso que estábamos solos, pero la idea me agradó.

—Pues verás, he venido porque tengo un hombre machacado, como si acabara de salir de un ring de boxeo y me las hubieran dado todas en el mismo lado.

—¿Sí? ¿Y es la primera vez que te pasa?

—No, ya llevo un tiempo luchando contra la dichosa tendinitis.

—Ains, a ver, vamos a echarle un vistazo.

Sasha se acercó y volví a comprobar el delicado olor de su fragancia, lo mismo que en la anterior ocasión. Iba impecablemente vestido, en una línea deportiva pero impoluta, con sus vaqueros, sus náuticos y aquel polo rosa que contrastaba con el azul de sus ojos. ¡Para enmarcarlo!

Menos mal que yo iba también como un pincel, porque me gustaba arreglarme cuando debía salir a algún recado. Y eso que no sabía lo que me iba a encontrar en aquel.

Mi camisa blanca con aquellos pantalones a cuadros blancos y azules me sentaban fenomenal. Y llevaba una pedicura preciosa en rosa fucsia, igual que la manicura, que realzaba aquellos

zapatos de ante destalonados y cuyas ondas delanteras dejaban al descubierto los dedos de mis pies.

Mientras examinaba mi hombro, noté que su mirada iba hacia esa parte de mi cuerpo.

—Bonitos zapatos. —No se le iba una al chico, que debía andar por los treinta y cinco años más o menos.

—Gracias, ya sabes que me chiflan.

—Y a mí—añadió con total rapidez.

—¿También te chiflan los zapatos? —Yo estaba nerviosa, notaba que el corazón me iba a mil con sus manos sobre mi cuerpo.

—No, me chiflan tus zapatos.

De cortado no tenía nada Sasha, pero todo lo que soltaba lo hacía con elegancia.

—Vaya...

—Tendinitis y aguda, me imagino que estarás rabiando con el dolor.

—Sí, hasta dormir por las noches me cuesta.

—¿Qué estás tomando? —En un gesto de lo más cercano, se dejó caer en el borde de la mesa, al lado de donde yo estaba sentada.

Le comenté lo que me habían recetado en otras ocasiones, que además era lo que ya me había empezado a tomar por mi cuenta, y estuvo de acuerdo.

—Eso sí, vas a necesitar un poco de rehabilitación, te lo digo desde ya, pues si no difícilmente va a mejorar ese hombro.

—¿Y dónde? ¿Y a qué hora? Mira que yo voy fatal de tiempo, estamos hasta la bandera de trabajo.

—Pues tendrás que hacer un alto diario en el camino o será peor. Como sigas así, en unos días no vas a poder mover el hombro, tú verás.

—¿Tan negro me lo pones? —resoplé pensando en que aquel era un contratiempo.

—Más negro que el sobaco de un grillo, tú eliges.

Elegí reírme, qué iba a hacer. En cuanto terminamos, y antes de que mi marcha pudiera truncar sus planes, me recordó lo del café.

—Venga, pero tendrá que ser una cosa ligerita, que tenemos el salón a tope.

—Oye, ¿tú no te tomas nunca un respiro? Y no te digo ya físico, sino también mental. Ahora estás aquí, olvídate del salón y del mundo entero, si hace falta.

Como si eso fuera tan fácil, aunque estando en su compañía tenía algo de camino ganado en ese sentido. Qué curioso, en lo último en lo que hubiera pensado ese día era en encontrarme con Sasha. Bien se veía que Cádiz era un pañuelito.

—Lo intento, pero ya sabes que el día a día te atrapa.

—Pues hazme el favor de tomarte un Kit-Kat que ahora estás conmigo.

—¿Chocolate? No, yo no soy mucho de dulce. Y menos a esta hora, todavía si fuera por la noche, no le digo que no a una oncita de chocolate amargo.

Sasha se echó a reír y yo paré mi incontenible verborrea. Cuando estaba nerviosa parecía una hurraca parlanchina, de esas de las de los dibujos animados del año de los tiros.

—Que no, mujer, un Kit-Kat de que hagas una parada, que te veo muy acelerada y luego son las consecuencias. Y si no, que se lo pregunten a tu hombro.

—No, este todavía no habla, aunque cualquier día lo veo chillando, que no veas si duele el condenado.

—Mira, vamos a hacer una cosa, yo doy rehabilitación aquí por las tardes. La primera hora es la de las tres, ¿cómo lo ves para darte una escapadita? Yo creo que dos semanitas mínimo deberías estar viniendo.

Para mí no es que fuera fácil, pero tendría que hacerlo si no quería que aquello se descontrolara. Me refería al dolor de hombro, aunque corría el riesgo de que yendo a rehabilitación se me descontrolara lo otro, lo de Sasha.

—¿Qué remedio! —concluí.

—Anda, lo dices como si se tratara de ir al matadero. —Su carilla de pena bien valía que le diera una explicación.

—No, hombre, lo que pasa es que no me es fácil dejar el salón a ninguna hora, pero Albano lo entenderá perfectamente.

—¿Es un hombre comprensivo? —Aproveché la coyuntura para querer saber él algo más sobre él.

—Sí, sí que lo es. —No me sentí nada cómoda metiendo a mi marido en aquella conversación, pese a ser yo la primera que lo había mencionado.

—Me alegro, pues entonces va a entender de sobra que necesites venir a verme todos los días. —Su juego de palabras me dejó con la boca abierta. Anda que no sabía nada su cuerpo serrano.

—Supongo—le contesté sin entrar al trapo porque aquel era un juego peligroso, un juego de aquellos con fuego que podía hacer que terminara quemándome.

Nos despedimos unos minutos después con la promesa de que volvería al día siguiente, que era jueves. Me habría venido mejor empezar la rehabilitación un lunes, para tener dadas más sesiones antes del fin de semana, pero era lo que había. Un par de ellas tampoco me vendrían mal...

Sasha, era Sasha el fisio que me las iba a dar, ¿a santo de qué me hacía aquello el destino? Mejor no pensar, que bastante me dolía el hombro como para que empezara a hacerlo también la cabeza.

Capítulo 7



No sé ni cómo ocurrió, pero esa noche tuve la discusión más grande de mi vida hasta el momento con Albano. Ya he mencionado antes que nosotros no éramos de discusiones, para nada, pero el demonio enredó hasta el punto de que acabamos a grito pelado.

Albano era un profesional como la copa de un pino, ya he aludido a ello antes. Pero todos tenemos nuestros defectillos y uno de los de él consistía en que no era el colmo del orden.

Ello se reflejaba en que era frecuente que, tras hacer un corte de pelo divino, por ejemplo, dejara todos los pelos regados por el suelo. A Jesús y a mí eso nos ponía un poco de los nervios, la verdad sea dicha, pero solíamos sobrellevarlo bastante bien.

—Jefe, tú con la escoba y el recogedor no te hernias—le solía decir él con toda la gracia y el otro, que no era soberbio ni altanero, se echaba a reír y santas pascuas.

Pues bien, la casualidad quiso que ese día, tras la consulta con Sasha, llegué a toda pastilla para trabajar con un dolor en el hombro que ganas me daban de liarme a chillidos.

Así seguimos durante toda la tarde, sin parar un momento. El trabajo en el salón iba viento en popa y no nos daba tregua. De continuar así, nos íbamos a tener que plantear un aumento de plantilla.

Al terminar la faena, andábamos los tres más relajados cuando sobrevino el patinazo que fue el detonante de la gresca.

—¡Madre mía, se ha matado! —vociferó Jesús mientras venía corriendo hacia mí.

—¡Qué dolor, joder! —chillé mientras me metía la mano debajo del culo para comprobar qué era aquel líquido que me lo había puesto la mar de fresquito.

—¿Qué mierda es esa? —Jesús miraba mis dedos, que habían salido negros del tinte.

—Tinte, me temo que es tinte. Se me ha caído antes y no me he dado cuenta de recogerlo—añadió un apurado Albano que me tendía una mano para que me levantara.

—¿No te has dado cuenta? Joder, qué raro. ¿Cuándo mierda recogerás tú algo que se te caiga?

Yo misma me quedé a cuadros porque nunca le había respondido a mi marido en ese tono. Y muchísimo menos delante de nadie, por lo que noté el coraje en su mirada, unido a la desagradable sorpresa.

No contenta con eso, volví a la carga.

—Venga que te ayudo a levantarte...

—No me hace falta tu ayuda, lo que me hace falta es que mires más las cosas, que luego las consecuencias son para los demás. Joder, Albano, si se te ha caído algo lo recoges en el momento, como todo hijo de vecino, que tú no eres el rey y nosotros tus sirvientes para ir detrás de ti enmendándote la plana.

Un par de veces en semana venía por allí Mili, una chica que nos dejaba todo el local, escaparates incluidos, como los chorros del oro. Pero el resto de los días éramos nosotros los que

dábamos un repaso general a la hora de cerrar.

—Mira, bonita, siento mucho si te has hecho daño, pero te pido por favor que a mí no me vuelvas a hablar en ese tono. Y no lo voy a repetir.

—“Y no lo voy a repetir” —lo parodié con tono jocoso y vi cómo se le encendían los ojos de la rabia.

—Me parece que esto está pasando de castaño a oscuro y no me hace ni un pelo de gracia.

Muy propio, estando como estábamos en una peluquería.

—Oscuro es el mierda tinte este con el que por poco me mato, maldita sea. Si es que no se puede ser más puerco...

Lo supe en cuanto yo misma me escuché. Acababa de pasarme tres pueblos, Albano siempre había sido muy correcto conmigo y no se merecía ni de coña que yo le hablara así.

—Te estás pasando, no sé si estás en uno de esos días con las hormonas revolucionadas o qué coño te pasa, pero a mí no me vengas con esa alteración porque no te lo pienso consentir.

—¿Qué les pasa a mis hormonas? —No iba muy desencaminado, sí que estaba con la regla. Justo me había puesto esa tarde, para que no me faltara de nada, como en las sevillanas de Cantores de Híspalis.

—Chicos, yo no es por nada, pero estáis un poco alterados los dos—Jesús se metió a mediador sin que nadie le hubiera dado el título—, yo de vosotros me calmaba un poco antes de decir algo de lo que después os podáis arrepentir.

Su consejo no podía ser mejor, pero es que no estábamos para gaitas ninguno de los dos, ¡vaya cabreo que teníamos! Siendo justos, había comenzado yo la tanganita en cuestión, pero Albano se estaba embalando también por momentos.

—¡Que te calles! —le chillamos ambos al mismo tiempo.

Jesús dio un saltito a lo Chiquito de la Calzada e hizo como que se ponía una cremallerita en la boca. Con ese gesto logró que a Albano y a mí nos diera la risa y, por ende, que concluyera una discusión que no tenía demasiado sentido.

Corrijo, yo tenía motivos para quejarme, que de la caída todavía me dolía más el hombro, pero no para ponerme como una energúmena de esa forma. Y menos con Jesús delante, que a Albano se le había caído la cara de vergüenza.

Al llegar a casa, aunque ya nos íbamos hablando y demás, yo sentí como si algo se hubiera roto entre nosotros. O como cuando a un jersey de hilo se le salta un punto y haces por meterlo, pero ya nunca queda igual que el resto, porque se nota que estuvo una vez para fuera.

Entre el dolor de hombro y el reconcome del rífirrafe, con respecto al cual yo no tenía la conciencia tranquila, me sentí fatal de los fatales y esa noche dormí todavía menos que las demás.

Por la mañana no hacía falta que nadie me dijera nada, tenía peor cara que un pollo que llevara una semana en el frigo. Me eché antiojeras a punta pala y algo logré, pero poca cosa.

A la hora del desayuno se hizo un huequito entre la clientela y pude salir con Jesús, que era algo que me apetecía más que hacerlo con Albano, por aquello de lo tensas que habían sido las últimas horas.

—¿Te he dicho ya que en aquella heladería venden un helado de la torta de Inés Rosales que está para chuparse los dedos? —me preguntó.

—Entortado estás tú—le respondí con todo el cariño, porque no podía estar más apurada.

—Ains, jefa, te voy a decir una cosa, conmigo no tengas corte ni nada, que te veo venir...

—Ya, ¿sabes que no sé cómo disculparme?

—¿Qué dices de disculparte? Paga tú el desayuno y listo. —Me sacó la lengua.

—¿Y cuándo no lo he pagado yo, joío?

—Pues también es verdad. Ahora en serio, que yo entiendo que son muchos años y que la confianza da asco, mujer. Se te calentó un poco el pico y el jefe, que tampoco es mudo, sacó su lengua a pasear. Pero que te lo quites de la cabeza, que no tiene importancia ninguna.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero, petardo? —Me salió de lo más hondo de mi ser.

Era la realidad, aunque yo no fuera muy dada a verbalizarla. Durante los años que Jesús llevaba en la peluquería, se había convertido en un amigo para mí, más que en un empleado. Y yo tenía la sensación de que, aunque él trataba de que no se le notara, sentía por mí bastante más afecto que por Albano.

—No, pero ha sonado muy bien. A ver, repítelo, regálame un poco el oído, que con tanto chillido anoche se me ha quedado taponado. Oye, ¿eso será accidente laboral? Lo voy a consultar con el asesor, a ver si me puedo dar de baja.

Qué guasón era, cuando no lo había más currante. De hecho, siempre tenía en la boca a su primo Pepe, que según él era más vago que el fango, y lo ponía a parir.

—A ese, a ese lo llaman para una entrevista del INEM y les pregunta que si puede mandar a su mujer en representación suya, por mi madre de mi alma.

Le di un abrazo, no podía ser más bonito mi amigo. Ya he hecho referencia a que no tenía yo demasiada vida social, pero en Jesús había encontrado a un aliado incondicional que, además, de vez en cuando, venía por casa y nos echábamos unas buenas risas los tres.

Desvié un poco la conversación porque no me apetecía seguir hablando del dichoso temita de la noche anterior.

—Bueno y tú, ¿cuándo te vas a echar un ligue, un novio, un marido o algo? Oye, que llevas demasiado tiempo en dique seco.

—¿Yo? Si parece que estoy gafado desde lo del inglesito, que ya sabes que aquel me marcó.

—¿Todavía andas con lo de James a cuestras? Por Dios, que ya hace más de dos años y no te pegaba ni con cola, que era mucho mayor que tú.

—La cola ni me la mientes, que no sabes tú lo que tenía el madurito entre las piernas.

—Pero lo dicho, que eso es ya agua pasada, pero pasada... Si yo ni me acordaba ya de ese tío. Por Dios, Jesús, tienes que renovarte.

—Oye, que no es que vaya llorando todavía por las esquinas por él, como si fuera la Zarzamora, pero que ese fue el último que me tocó la patata. A partir de ahí, tú sabes, todos han sido ligues sin pena ni gloria... Qué te voy a decir que no sepas, si te conoces mi vida mejor que yo. Pero que todavía, cada vez que llegan los carnavales, me quedo mirando a los guiris por si lo veo, cómo serán las cosas...

—Nada, nada, a ti lo que te hace falta es que tu jefa te ayude a buscarte un buen maromo, ya verás.

—Mira, a eso no te voy a decir que no, si ves alguno aparente para mí, te dejo que hagas de celestina. Como si es con Sasha, que a ver si vuelve por el salón. A ese me lo comía yo enterito, rabo incluido, no iba a dejar ni las migas.

—¡Serás burro! —Le di un tortazo en el brazo y me lastimé más el hombro.

—Ni burro ni nada, lo que pasa es que me da que ese es hetero convencido, así que no tengo nada que hacer con él.

—Pues no te lo vas a creer, ¿te acuerdas de que ayer fui al fisio? Te lo tenía que contar, pero con lo de la puñetera bronca se me ha ido el santo al cielo.

—Sí, ¿no me digas que te lo encontraste allí? Vamos, que si a ese hay que recolocarle algo, se

lo recoloco yo... Me empleo a fondo, niña, te lo digo en serio.

—¡Qué va! El tío es el fisio.

—¿Va a ser tu fisio? Me cago en todo, qué suerte tienes. No te falta un perejil condenada; tienes amor, el negocio va sobre ruedas y un tío bueno que te dé masajes. Yo en otra vida quiero ser Ingrid Gutiérrez, que es mucho mejor todavía que ser Ingrid Bergman. Pues ya me contarás, porque si el tío tiene también las manos de oro, está para hacerle un completo... digo, que es de lo más completo, que me he equivocado.

Siempre arrancaba mis risas el muy capullo de él. No es que me hubiera yo levantado dando saltos, pero la mañana se iba animando. Y algo me decía que la sobremesa todavía lo haría más.

Capítulo 8



A las tres en punto estaba yo en la sala de espera. Si atractivo veía a Sasha sin él, con su uniforme de trabajo no desmerecía en absoluto, estaba para comérselo a bocaditos pequeños.

—¡Hola, Ingrid! —Su alegría al verme era evidente, igual que la mía al verlo a él.

—¡Hola, Sasha! Aquí estoy, a ver si me enmiendas un poco, que estoy todavía peor, anoche me fui al suelo y me golpeé el hombro.

—¿Y eso? Mujer, ve con cuidado, tienes que mirar por dónde pisas.

—Ya, siempre y cuando tu marido no lo deje todo por medio, la cosa va bien.

Me apuré un poco, no me sentía bien hablando de Albano con Sasha, pero el tema ya había salido a la palestra y era tarde para volver atrás.

—¿Está todo bien entre vosotros? —Me preguntaba mientras yo iba dejando mi hombro al aire.

—¿Todo bien? Sí, supongo que sí—le contesté sin pensar demasiado.

—¿Supongo? Vamos, Ingrid, somos todos mayorcitos... Sabemos cuándo las cosas van bien, igual que cuando van regulín.

—Ya, no sé. Supongo que el paso de los años distorsiona un poco la realidad, ¿no crees?

—A veces sí, pero no necesariamente. En mi opinión es la pasión la que juega un papel fundamental en ese sentido; cuando la pasión falta, la rutina llama a la puerta y, normalmente, entonces es cuando el amor salta por la ventana.

Curiosa descripción la hecha por él. Me imaginé un corazón lanzándose al vacío y esbocé una leve sonrisa... Una leve sonrisa que duró poco porque, por muy cuidadoso que quisiera ser, no era con caricias con lo que iba a tratar de mejorar mi hombro. Y aquello dolía.

De nuevo el corazón me iba a mil, no sabía cómo, pero su cercanía me ponía taquicárdica. No era solo su portentoso físico; era también que me gustaba su fragancia, la forma en la que sonreía, cómo andaba, el tacto de sus dedos sobre mi erizada piel... era un completo, como diría Jesús.

—Supongo que tienes razón, lo que pasa es que no es fácil mantener la pasión del principio. Por mucho que quieras darles a las llamas con un soplete, al final terminan...

Nunca me lo había planteado hasta que comencé a decirlo en alto. Probablemente por eso hubiera discutido así la noche anterior con Albano, ¿y si no solo estábamos instaurados en la rutina, sino que andábamos en plena crisis y yo no me había dado ni cuenta?

Pues todo podía ser, que cosas más raras se habían visto.

—Yo no hablo de mantener justo lo del principio, pero sí la pasión. Creo que, con una mezcla de esfuerzo e ilusión, puede conseguirse. Es más, estoy totalmente seguro de lo que estoy diciendo. Y ya, si es con una mujer como tú, apaga y vámonos...

Con una mujer como yo, anda. Ahí sí que me había dado en la vena del gusto. No podía ser más directo.

Podría decirse que entre nosotros comenzaban a saltar chispas... Unas chispas que me

deslumbraban y me asustaban a partes iguales.

Jesús habría dicho que quién dijo miedo y que, a esas chispas había que meterles candela, pero yo no jugaba en su división. A decir verdad, me veía muy fuera de juego en aquella situación. Jamás me había planteado ponerle los cuernos a Albano y no iba a hacerlo ahora.

Para cuando quise salir de su consulta, comprendí que algo en mí estaba cambiando, y que lo hacía a pasos agigantados. Fue poner un pie en la calle y comenzar a contar las horas que faltaban para que, al día siguiente, viernes, volviera a verlo.

Jo, tenía que ser viernes, tras lo cual vendría el fin de semana, pero el lunes ya estaría de nuevo en la consulta.

Llegué a la peluquería en la que Albano seguía en la misma línea de por la mañana. A él también se le notaba que estaba tocado por lo de la bronca, pero cariñoso y recogiendo todo lo que caía al suelo.

—¿Qué tal te ha ido, guapa? —me preguntó mientras me daba un beso en la mejilla.

Eso era lo malo, que ya habíamos normalizado cosas como darnos un casto beso en la mejilla, cuando antaño nos moríamos por comernos los morros en cualquier momento. Que no digo yo que fuéramos a dar un numerito porno en medio del salón, pero un poco de sangre en las venas, hombre...

—Bien, bien, parece ser que en dos semanas mejorará mucho. Tengo que ir todos los días, una lata, pero necesaria...

El gesto burlón de Jesús mientras yo decía lo de “la lata” no tuvo desperdicio. Tuve que irme al baño a reír, porque hubiera sido muy sospechoso hacerlo allí cuando se suponía que me estaba quejando.

Mi compañero y amigo esperó al día siguiente, a la hora del desayuno, en la que hizo lo posible y lo imposible por escaparse conmigo, para que le informara.

—Cuéntamelo todo con pelos y señales, que quiero saber cómo es ese julandrón en la intimidad—me soltó mientras le daba el primer sorbo a su taza de café—. ¡Mierda, esto está hirviendo! Me ha puesto la lengua como un zapato—chilló y todos los de la mesa de alrededor lo miraron.

Lo último lo había dicho de aquella manera, porque sacó la lengua y sí que se la había puesto fina. La camarera acudió a pedirnos disculpas de inmediato, conociéndonos como nos conocía de a diario.

—Lo siento, Jesús, ¿te duele? Ains, que a Ángeles la ha dejado el novio y está en el limbo. Mira que se lo estoy diciendo, que como no se centre vamos a tener una desgracia, pero no hay manera con ella.

—Pues yo me cago ya en los vaivenes del corazón y en el del que los inventó, que aquí estamos apañados, pero que a mí me ha escaldado la lengua para una temporadita.

Tenía la boca de trapo, no había quien le entendiera una palabra, y yo aguantaba el tipo como podía, pero estaba que reventaba de risa.

—Ya hombre, mira que lo siento. Ains, para compensarte te voy a traer un paquete de roscos de esos de Semana Santa que te gustan a ti tanto...—La camarera no sabía cómo bailarle el agua.

—Sí, hombre, para que estén ahí desde entonces y ahora me parta un diente, que estarán duros como un leño.

—Que no, quejica, que esos los seguimos haciendo hasta el verano, que están la mar de tiernecitos y con su matalauva y todo.

—¿Matalauva? A Ángeles es a la que le daría yo matarile como no se espabile. Mira, y sin haberlo preparado me ha salido un pareado...

—Cállate ya, anda, que pareces de “El Club de la Comedia” y ahora te tomas un vaso de agua fresquita que te va a venir como mano de santo para la lengua—añadí para zanjar la polémica mientras la camarera se marchaba a por él.

Tuve que centrarme en otra cosa porque qué trabajito me estaba costando no reírme.

—Dale ya y no te hagas más de rogar, ¿cómo es el tal Sasha como profesional?

—Muy bueno, la verdad. Me dio justo en su punto, ni fuerte ni flojo...

No pensé que quien tenía delante ostentaba el título del tío más cachondo del globo y empezó a carcajearse, pese a que la lengua se le estaba inflamando tanto que no le iba a caber en la boca.

—Yo le hubiera pedido que me diera fuerte, pero para gustos los colores...

Él no podía parar de reír y para mí fue perfecto, porque me uní a sus risas y eché fuera todo lo que me había aguantado por lo de su lengua.

—Estabas deseando descojonarte, ¿eh? Si te conoceré yo, jefa...

Me había pasado de toda la vida de Dios, que me costaba una barbaridad aguantar la risa. Menos mal que la gente que te quiere te lo perdona todo, porque con los extraños había tenido algún episodio más complicado en ese sentido.

—No lo sabes tú bien, no veía la hora de que te rieras para hacerlo yo también.

—Mírala ella, pues si yo fuera tú, de lo que no vería la hora es de volver a ver a Sasha. Ojú, me estoy pasando, ¿no? Menos mal que no me escucha Albano o si no me iba a coger por el pescuezo. Y lo que me falta, con la lengua como una vaca y asfixiado, iba a parecer que me había metido en una orgía sado, joder.

Y dale, imposible no reírse con sus golpes de gracia. Me lo imaginaba en situación, en plena paliza y largando por ese pico, y tuve que salir volando al baño.

Justo al entrar me topé con Ángeles, que salía, y era la viva imagen de La Magdalena.

—Ángeles de mis amores, ¿qué te pasa? Tranquila, mujer.

—Ains, yo no he querido ni salir, ¿Cómo está Jesús? Qué calamidad, si es que voy de una en otra...

—Tranquila, mujer, que ya sabes que él es perro ladrador, pero poco mordedor. Ahora que, si eso te llega a pasar con una de las amigas de mi suegra, te veo hoy en comisaría. Tú no puedes estar así, que ningún tío vale tanto como para que tengas esa pena.

—Y menos mi novio, que encima es que se ha ido con la que se suponía que era mi mejor amiga. ¿Tú te lo puedes creer? Doblemente traicionada, que ya sé que debería maldecirlos y punto, pero no veas cómo me duele.

Joder, sí que era una putada. Una siempre imagina lo de las separaciones llorando sobre el hombro de su mejor amiga con litros de helado de por medio. Pero cuando tu novio y tu amiga participan en el mismo complot para partirte el corazón, debe ser una de esas jodiendas de las que no tienen enmienda.

Si yo alguna vez me separara, me veía llorando en lo alto de Jesús, prometiéndole que le regalaría alguno de mis zapatos (para que los pusiera en exposición, que para él eran como cáscaras de nuez de pequeños), con tal de que me aguantara.

—Chica, pues sí que estás apañada. Entonces lo que necesitas son unas buenas vacaciones.

—Sí, como si una tuviera dinero para eso. No llego a fin de mes y me voy a coger un billete para un crucero, como no sea para tirarme en alta mar y acabar de una vez con todos los problemas...

Qué viruji me estaba dando escucharla. La muchacha estaba tan afligida que no salía nada bueno por su boca. Normal, partiendo de la base de que estaba hecha polvo.

Volví con Jesús, que tenía la lengua fuera, como buscando el fresquito.

—No le vayas a decir ni media palabra a Ángeles, ¿eh? Que no sabes el disgusto que tiene.

—No, jefa, ni que me hubiera achicharrado la lengua, ¿a santo de qué tendría yo que decirle nada? Tú, Jesusito, calladito, que estás más guapo. —Él solo se lo decía todo.

—¿Palabrita del niño Jesús? —le pregunté, me venía de perilla y a él le resultaba gracioso cuando le formulaba esa pregunta.

—Que sí, pesada. Pero a cambio tú me vas a contar todo lo que sepas del fisio, ¿eh? Que no sabes tú cómo me pone ese tío.

—Y luego la pesadita soy yo, manda narices. Que sí, hombre, pero que yo voy allí a mejorarme el hombro, no rollo terapia de Alcohólicos Anónimos, a ver si te crees que me va a contar toda su vida.

En su día, no le comenté a Jesús que había comido con él. Aunque pueda parecer un absurdo, me daba un poco de palo, por aquello de que no pensara que yo tenía algún interés o que me había quedado prendada del rubiales o algo.

—No, mujer, pero la gente le da a la alpargata en esas situaciones. Y tú podrías tirarle un poco de la lengua, ya sabes, que si tiene novia o la deja de tener.

No me lo había planteado hasta ese momento. ¿Era tonta o qué me pasaba? Pues anda que le faltaría a él porte para tener pareja. De eso no había soltado prenda, ni tampoco de si tenía hijos. Allí, la única que había largado algo de su situación sentimental era yo, pero él nada de nada. ¿Tendría algo que esconder?

Capítulo 9



Me estaba metiendo en camisas de once varas y lo sabía. ¿Qué me importaba a mí lo que se cociera o se dejara de cocer en la vida de Sasha?

Podía mentirme todo lo que quisiera, pero la realidad es que estaba loquita por saberlo. Era la primera vez que me ocurría en todos aquellos años, pero la repentina aparición del fisio me había dado una vidilla que no conocía.

Llegué divina, con mi raya del ojo perfectamente marcada, mis labios en rosa a juego con las uñas y aquel vestidito marrón chocolate que mi amiga Maru, que fue una de mis primeras clientas, siempre me decía que me hacía parecer una modelo. Y si ella lo veía, ¿quién era yo para contradecirla?

El tamborileo de mis dedos sobre mis muslos en la sala de espera constituía la señal inequívoca de que estaba nerviosa perdida, temblorosa como un flan.

A la hora convenida se abrió la puerta de su consulta y Sasha salió.

—Señora Gutiérrez, ¿me haría el honor de acompañarme?

Otro guasón como Jesús. Pues sí, le hacía el honor, que también lo era para mí.

Entré en la consulta temiendo que se me notara aquel pequeño temblor que me producía su presencia.

—Pero qué guapa vienes, ¿te has planteado que me vas a desconcentrar? Si la rehabilitación no da los efectos deseados, será tu culpa.

Ese tipo de detalles me subían hasta el cielo y hacían que viera el mundo desde las alturas.

—Venga ya, a otro perro con ese hueso, tú eres un profesional que ve a muchas pacientes al día, eso se lo dirás a todas...—disimulé.

—Ni en broma, eso te lo digo a ti, no me fijo en las demás.

¿Podía creer en sus palabras? Pues ya me hubiera gustado, pero no lo conocía lo suficiente para eso. De hecho, no lo conocía absolutamente nada.

—Ya, ya... Oye, ¿y tu pareja qué opina de esto? —Me lancé a la piscina, sin más. Mi madre siempre ha dicho esa frase de que “más vale una cara colorada que cien amarillas” y yo creo que tiene más razón que un santo.

—¿Mi pareja? —me lo preguntó con una sonora risa.

—Exacto—asentí.

—No tengo pareja, Ingrid. Supuse que ya lo habrías intuido.

—No, créeme que no me gusta sacar mis propias conclusiones, prefiero que la gente me confirme las cosas, que luego vienen los chascos.

Casi me doy un tapabocas yo misma después de decir eso, ¿se podía ser más bocachanca? A él, obvio que mi comentario no le dejó indiferente.

—Entonces, ¿me puedes confirmar que si te llevo a decir que tengo pareja te habrías llevado un

chasco?

El ardor de mis mejillas corroboró que había metido la pata hasta el fondo y no sabía cómo salir de aquella.

—Sí, bueno, a nadie le gusta que le oculten las cosas, supongo—murmuré sin saber si con ello lo estaba arreglando o empeorando.

—Bueno es saberlo, bueno es saberlo—repitió mientras ya estaba a tope con mi dolorido hombro.

Por una vez en la vida, y ya metidos en harina como estábamos, decidí dar un paso adelante. El ardor de mis mejillas no podía ir a más y yo estaba de acuerdo con esa teoría de que la información es poder, siempre que sea veraz, se entiende.

Apuntillo lo de la veracidad porque Marta, que a esas alturas de la vida ya tenía más experiencia en las cuestiones masculinas que yo (por aquello de haber cambiado más veces de pareja), siempre me decía que ojito; que a la mayoría de los hombres no se les podía creer ni la mitad de la mitad de lo que soltaran por la boca. Y si mi hermana, que era más lista que el hambre, lo decía, más me valía hacerle caso.

—¿Y se puede saber por qué un hombre como tú no tiene pareja? —Por falta de candidatas no sería, eso lo firmaba yo.

—¿Y por qué habría de tenerla? —Le gustaba jugar conmigo, se notaba a kilómetros de distancia.

—Pues sería lo normal, no sé, supongo...

Tenía la habilidad de desarmarme, sobre todo porque jugaba con ventaja. Mi condición de casada no me permitía ir demasiado lejos en aquellas conversaciones, mientras que él debía pensar en aquello de que “ancha es Castilla” y se tiraba en plancha sin problema alguno.

—Pues no, siento contradecirte, pero no. Mi última pareja y yo rompimos hace un año y desde entonces me quedé solito y desamparado en la vida. —Puso un falso gesto de tristeza que sacó mi sonrisa.

—Sí, sí, yo te noto mal y desvalido, me preocupa. —A punto estuve de sacarle la lengua, pero en el último momento caí en que era un gesto demasiado cercano y tampoco quería columpiarme.

Su actitud me decía que, si daba un paso hacia adelante, él daría tres y no era plan.

—Mira, Ingrid, yo soy de los que piensa que estar en pareja es algo maravilloso siempre que tengas en la otra persona a esa compañera de vida que te complementa. Bajo mi punto de vista, hay demasiadas personas que están en pareja por estar; bien porque nunca estuvieron verdaderamente enamoradas y se agarraron al otro como un clavo ardiendo o bien porque cuando se acabó el amor fueron incapaces de salir de su zona de confort.

¿Habría dicho aquello último por mí? No sabía si sería capaz de tanto, pero el que se pica, ajos come. Y si yo me veía identificada en ese último grupo, por algo sería.

Llevaba demasiado tiempo en la monotonía de un matrimonio que poco me aportaba ya, aparte de una seguridad que para mí era muy de valorar.

Yo no era como Marta, una mujer feliz volando sola. Incluso literalmente, que mi gemela se sacaba un billete a cualquier parte del mundo y, si en ese momento no tenía quien la acompañara, se iba con la sola compañía de su maleta.

Las palabras vertidas por Sasha aquel día me dieron que pensar cuando salí de su consulta. Como también me dio que pensar el hecho de que, espontáneamente, me diera un abrazo antes de salir.

—Feliz fin de semana, guapa—me espetó a continuación.

—Lo mismo te deseo—le contesté un tanto azorada, si bien correspondí a su abrazo.

—Lo dudo, de lo que tengo ganas es de que llegue el lunes.

Pues ya éramos dos. Y yo iba en una nubecita por la calle, con decir que me salté varios escaparates de zapatos que me fascinaban y en los que siempre me paraba. Ni cuenta me di.

Unas horas más tarde merendé con Jesús. Ya no me costaba esquivar a Albano en ese sentido y se lo agradecí. Dado que no estábamos pasando por nuestro mejor momento, quizás había decidido darme algo de espacio y dejar que desayunara o merendara con el que era nuestro amigo.

—¿Qué? ¿Me traes alguna información?

—Nada interesante para ti, porque debes tener toda la razón y gay no me parece.

—¿Te ha tirado la caña? —Jesús abrió los ojos como platos.

Buff, por mucho que fuera mi amigo, también lo era de Albano. Con él no podía abrirme tanto, me sentía fatal...

—No, hombre, no es eso, lo que pasa es que por su forma de mirar y tal, una saca sus propias conclusiones. —Salí por la vía de Tarifa, qué más podía hacer.

—A ti te gusta, brujona. —Me apuntó con el dedo y casi me caigo de espaldas en la silla.

—¿Qué dices, loco? Venga ya, déjate de tonterías.

—Sí, a robar vas a venir tú a la cárcel. Ingrid, ¿te puedo hablar con confianza?

—Dispara, lo vas a hacer de todas maneras, qué remedio...

—Mira, son varios años trabajando ya con vosotros y, aunque os tengo mucho aprecio a los dos, para mí, donde te pones tú no se pone Albano. Y tú lo sabes...

—Ya, es que nosotros tenemos un rollo excelente desde el principio, somos muy cómplices. Yo siempre he tenido esa sospecha, la verdad sea dicha.

—Sí, es que uno es muy transparente y, por mucho que quiera disimular las cosas, se le terminan notando. Lo que quiero decirte con esto es que a mí me puedes contar lo que sea, que el Jesusito es una tumba. —Unió sus manos a modo de ruego y yo le tiré con la servilleta.

Me lo pensé un minuto porque sabía que estaba cruzando una barrera infranqueable. Si le confesaba a mi amigo lo que comenzaba a rondar por mi cabeza ya nunca me vería como la fiel esposa que había sido hasta entonces.

Igual yo me estaba montando una película alucinante en el coco, pero es que me daba pavor que salieran de mi boca palabras de ilusión por otro hombre.

—Lo sé, cariño, lo sé. Es que no sé cómo decirlo. —Finalmente me estaba ganando la partida y me iba a hacer vomitarlo todo. En el fondo, aquel tonto con Sasha era algo bonito y novedoso para mí, por lo que estaba deseando compartirlo con alguien.

—Pues sin más, que el rubio te hace tilín y punto, ¿no es eso?

—Jo, así sin anestesia y sin nada, Jesús...

—Exacto, las cosas claras y el chocolate espeso, jefa.

—No sé si es tilín, pero te reconozco que me está pasando algo en el interior, no sé...

—¿Unas mariposillas revoloteando por aquí? —Me hizo cosquillas en la barriga.

—Venga ya, no seas tonto, que no somos críos—me quejé porque me daba más vergüenza de la que él se imaginaba confesarle aquello.

—¿No? ¿Y por qué se te pone esa sonrisa bobalicona cuando hablas del rubiales? Que, por cierto, no se ha dejado caer más por el salón. A ver si lo enganchas con tu anzuelo y lo traes que, al menos, se recree uno la vista. Ya que no lo puedo catar, siempre me quedará mirar. Si es que eso no ofende a mi jefa, a ver si me vas a poner de patitas en la calle.

—Tú no eres más tonto porque no entrenas, ¿no?

—Sí, sí, tontísimo, pero mira cómo he dado en la tecla, que a mí no se me pasa ni una. A ver Ingrid, que no tienes que sentirte mal, tesoro, que es normal lo que te está ocurriendo.

—¿Sí? Porque yo no he dado ni un paso y, sin embargo, ya me siento fatal con Albano.

—Pues no deberías, porque en el corazón no se manda. Tú llevas muchos años con él y el problema es que empezaste siendo una niña. Luego habéis ido creciendo los dos como personas y existe la posibilidad de que la vida os lleve por derroteros distintos, ¿lo entiendes?

—No sé si te quiero entender, para mí que estás yendo demasiado rápido. Por el amor de Dios, Jesús, que yo a Sasha no lo conozco de nada y parece que me lo estás presentando ya como mi segundo marido.

—¿Y qué si lo fuera? ¿No te mereces tú la posibilidad de ser feliz? Me cago en todo, niña.

—Sí, pero vamos a dejarlo, me siento un poco violenta con todo esto.

—Pues yo quería dar un pasito más, así que me vas a tener que aguantar.

—Oye, tú eres don erre que erre, ¿no?

—Mira, jefa. Yo no digo que tú debas tener nada con el rubiales, pero si se te pone a tiro, tampoco deseches la oportunidad porque yo creo que, si fuera Albano, no miraría tanto por ti.

—¿Y eso? —Me cayó como una patada en la barriga su comentario.

—Es que es muy comprometido, sobre todo porque no tengo pruebas y no es más que una sensación, pero yo juraría que él ha echado más de una canita al aire en alguna ocasión.

—¿¿Qué dices?? —Un búho se quedaba corto a mi lado de lo mucho que abrí los ojos.

—Lo que escuchas, pero si te vas a poner mal, Jesusito no dice ni mu.

La lengua debía ya tenerla bastante mejor, porque no se creía ni él que pretendiera callarse.

—No, ahora ya no me puedes dejar así.

Nunca he sido una mujer de las que mira para el otro lado en un caso así. Si Jesús, que era uno de los puntales de mi vida, decía aquello, sus buenas razones tendría.

—Vale, te cuento mis sospechas, pero solo si me prometes que no te va a dar un telele, ¿vale?

—Vale, venga, anda, pero pronto, que estoy negra como el carbón.

—Te lo resumo; Albano no es un hombre de esos que se comportan igual cuando tú estás delante que cuando no.

—¿¿Cómo?? —Qué poquito me estaba gustando la información que me transmitía Jesús.

—Pues que yo noto que, cuando tú sales, él mira de un modo diferente a las mujeres, como más intenso, y les da mucha más conversación y eso.

—¿Solo eso? Pero igual es una impresión tuya, no me parece algo concluyente. —Respiré hondo, ya que pensé que me iba a contar algo peor, por mucho que yo no hubiera notado diferencia de peso en mi cabeza.

—Joder, me estás poniendo en la punta de la picota, Ingrid. No son simples miraditas, es que las mira, ¿me entiendes?

—Pero que las mira en plan baboso y eso, ¿es lo que quieres decir?

—Sí, yo le he visto miradas que he pensado que, si tú las hubieras presenciado, le habrías sacado los ojos.

—¿En serio? Mira que no me pega en él, no si será que quiero defenderlo, pero no me pega.

—No te pega porque tiene dos caras, Ingrid, pero no porque sea un santo. Yo no es que haya estado nunca de sujeta velas, entiéndeme, pero de un tiempo a esta parte he pensado que es un buen pájaro. Y me da pena por ti, niña, porque igual tienes la posibilidad de ser feliz con otro y la pierdes por él, cuando yo tengo mis serias dudas de que al contrario él actuara igual.

No era ya eso, es que a mí con la sospecha de que mi marido fuera un ponecuernos me valía, no

hacía falta que me trajeran la prueba en bandeja de plata. Una cosa era que se le fuera un poco la vista como a cualquiera, y otra lo que ya me estaba confirmando Jesús, que fuera un baboso total el tío.

—¿Tú estás seguro de lo que estás diciendo? Mira que eso me condiciona a mí bastante, ¿eh?

—Sí que estoy seguro. Y eso no es todo, hay una cosita más...

—¿Otra cosita más? Mira que me voy a tener que tomar una tila doble.

—¿Tú te acuerdas de Claudia, la niña aquella monísima que venía por el salón el año pasado?

—Sí, la que posaba para Jose, el fotógrafo amigo de Albano.

—Esa, que yo te dije siempre que me parecía una lagarta, ¿no es así?

—Sí, sí, ¿qué le pasa a esa niña?

—Pues yo no sé si le pasó algo o no, pero en los días que fuiste a Huelva cuando a tu padre le dio el cólico nefrítico, ¿los recuerdas?...

—Sí, claro, hace un par de años, que me fui tres días...

—Pues que una noche, verás, yo me quedé en el almacén recogiendo y Albano debió pensar que ya me había ido. Entonces salí y vi la stampa, los dos charlaban la mar de acaramelados e iban juntos para fuera. Y ahí no quedó la cosa, porque la niña le estaba diciendo de ir a tomar algo y él asentía como si ella fuera una diosa. Cuando me vieron, se pusieron muy bien puestos, claro, pero yo ya lo había escuchado todo.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes, Jesús? —Las lágrimas afloraron a mis ojos.

—Ingrid, cariño, no me lo tomes a mal. Es que yo entonces no tenía tanta confianza contigo como ahora. Y tampoco escuché que se fueran a acostar, sino a tomar una copa, entiéndeme. Lo que pasa es que era la manera de decirlo y la actitud de los dos, que se comían con los ojos. Pero yo no tenía prueba de infidelidad alguna por su parte...

Me quedé en shock. ¿Cómo iba a mirar a Albano a partir de ese momento? Que cualquiera podría decir que yo también estaba tonteando con otro, pero que no era lo mismo. En palabras de Jesús, él era un Judas siempre que yo me ausentaba y con la pelandrusca aquella de Claudia, si no hubo tomate sería porque ella no quisiera, ya que él debió ir a degüello.

Bonito se me presentaba el fin de semana, sin poder ver Sasha, y con un coraje acumulado que me salía por la punta de las orejas. ¿Cómo podía haber sido tan necia?

Ni en mil vidas que viviera podría agradecerle lo suficiente a Jesús que me hubiera abierto los ojos. Menos mal que lo tenía a él, porque me sentía más sola y perdida en la vida que nunca.

Capítulo 10



Imposible disimular durante el fin de semana. El viernes por la noche, para más inri, mi maridito quería marcha y estuve a punto de decirle que se subiera en mi dedo corazón y pedaleara, pero imperó la cordura y eché mano del clásico dolor de cabeza.

El muy asqueroso debía estar a todas, ¡qué fuerte! Y qué tonta había sido yo, más que el Pichote. El problema era que no tenía las pruebas necesarias para tirárselas en toda la cara, pero ese ya caería.

Si la venganza se sirve en plato frío, lo mejor sería ponerle yo unos buenos cuernos con Sasha y, cuando se quisiera dar cuenta, la cosa ya estuviera hecha. No le debía nada a aquellas alturas, no a un hombre con una doble cara que debía llevar años dándomela con queso.

Y encima con esa carita de no haber roto un plato, que era lo que más me jodía... Qué bien aprovechaba el poco tiempo que no pasábamos juntos. Probablemente haría o desharía siempre que saliera a hacer gestiones a la calle o en aquellos supuestos partidos de tenis que jugaba con sus amigos algunos fines de semana. Sí, de tenis, yo ya no me chupaba el dedo, a las pelotas sí que debía darles, pero no a las de tenis precisamente.

El sábado por la mañana yo estaba que trinaba. A mí me ocurría lo mismo que a Jesús, que era transparente, y me iba a costar más de lo inicialmente previsto no darle con toda la verdad en su jeta.

Por la noche la cosa empeoró, el que no hubiera llamado al restaurante en el que pensábamos cenar para reservar mesa fue motivo suficiente para que me sacara de quicio.

—Lo siento, señores, pero no me queda ni una sola mesa libre—dijo el apurado camarero.

—No, pero nosotros venimos con reserva, mi marido ha llamado.

—¿Con reserva? Me temo que todas las mesas reservadas han sido ya ocupadas, debe tratarse de un error.

—¿De un error? Imposible. —Lo miré y constaté que lo imposible acababa de convertirse en realidad.

—Igual yo no...

—Pero Albano, entonces...

—Lo siento, cariño, me temo que se me ha ido.

Giré sobre mis talones y enfilé hacia el coche. Una vez montados en este, el sonido de mis gritos debió hacer que retumbara.

—¿Tú eres tonto o qué? Para una vez que salimos, y que fue idea tuya, y encima me dejás tirada como una colilla, sin reserva.

—Mujer, claro que lo pensé yo, llevamos una semana complicada, con la bronca de la otra noche en el salón de belleza incluida. Pensé que así se relajarían los ánimos, pero con tantas cosas como tengo en la cabeza, se me pasó lo de la reserva.

—Sí, demasiadas cosas me parece a mí que tienes tú en la cabeza. Y lo malo es que ninguna buena, me temo—le contesté con toda la ironía del mundo.

—¿Qué estás insinuando? —me contestó en el más ácido de los tonos, todavía se iba a hacer el santito.

—¡¡Que me dejes en paz, eso es lo que estoy insinuando!! —Pegué tal grito que hasta el coche pareció moverse. Por el contrario, Albano se quedó inmóvil, lo que no quiere decir que mudo.

—¡¡A mí no se te ocurra volver a hablarme así!! —Su réplica tampoco es que fuera por lo bajini precisamente.

—¿¿Y encima te vas a atrever a chillarme?? —le solté.

—¿¿Y tú hablas de chillidos?? Si me estás perforando los tímpanos, ¿Qué mosca te ha picado?

Decidí calmarme porque de lo contrario iba a escupir todo el veneno que tenía dentro. Y eso no me convenía, porque supondría enseñarle todas las cartas a mi maridito antes de tiempo.

—¡La que me dé la real gana! —concluí con ganas de dar por zanjado el asunto.

Me crucé de brazos y llegué callada como en misa a casa. Sin saberlo, Albano me acababa de dar la excusa perfecta para no volver a mirarlo a la cara en todo el fin de semana, mejor que mejor.

Era la primera vez que nos ocurría, pero tampoco antes había sentido yo tal adorno en la cabeza...

El domingo casi al completo se lo dediqué a mis adoradas plantas, que esas sí que me daban alegrías y no sofocones. Albano intentó en varios momentos acercarse a mí, pero yo no se lo puse precisamente fácil. Aunque me resultaba muy violento estar así con él, también me ahorra el tener que mirarle a la cara, cuando era lo que menos me apetecía en un día en el que todo lo veía gris.

Sin embargo, el arcoíris se deja ver después de la tormenta, y el color no tardó en llegar a mi mañana... Un color que iluminó mi teléfono, vía wasap.

“Buenos días, preciosa. ¿Qué tal ese hombro? ¿Y el fin de semana? Te deseo una bonita mañana, sea lo que sea lo que estés haciendo”

Lo que casi hago es cortarme con las tijeras de podar. No esperaba para nada lo que acababa de leer. Ni siquiera hubiera podido imaginar que Sasha se hubiera agendado mi número de teléfono, que debió sacar de mi ficha médica.

Sonreí mirando el móvil y no tardé en contestarle.

“¡Qué sorpresa! El hombro algo mejor, será que estoy en buenas manos. Lo mismo te deseo”

Albano apareció en ese instante por el jardín con su libro. Una imagina que, en un caso así, va a llevarlo escrito en la frente o algo, pero no es para tanto por lo que me hice la tonta que fue un gusto.

Probablemente me ayudó bastante el hecho de que supiera que el primero que había pecado era él, por lo que yo no iba a hacer nada que no fuera darle de su propia medicina. Eso sí, ya puestos, lo mismo le daba un bote entero, que me tenía de lo más calentita mi marido.

¿Me estaba volviendo mala? Pues igual un pelín, ya que me mordí el labio pensando en que quien realmente me tenía calentita era el otro, un Sasha cuyas fuertes manos masajeando mi hombro no podía quitarme ni bien ni mal de la cabeza.

Miré el reloj e hice un cálculo mental sobre las horas que me faltaban hasta volver a verlo. No hizo falta que transcurrieran todas ellas, pues antes de dormir volví a tener noticias de él.

“¿Qué tal estás esta noche? La cuenta atrás ha comenzado... Dulces sueños”

Menos mal que Albano y yo no teníamos costumbre de mirar el móvil del otro ni mucho menos.

Ese tipo de sospechas nunca se habían despertado entre nosotros. Me venía fenomenal porque así tenía privacidad para contestarle. Además, él se sentaba en la *chaise longue* del sofá, que era enorme, y yo estaba en el rincón contrario, pues ni ganas tenía de acercarme a él. Pensé en una pronta respuesta para aquel adulator que daba pasos en la dirección de conquistarme.

“Muy bien, espero que tú igual. Eso parece, dulces sueños para ti también”

Mi respuesta no es que fuera el colmo de la originalidad, pero es que yo necesitaba seguir viendo en qué dirección iban sus pasos.

Capítulo 11



La semana siguiente no pudo ser más jugosa. El lunes, al reencontrarme con Sasha, me dio otro abrazo de aquellos que alegran el alma.

—¿Qué tal tu finde, preciosa?

—Bueno, digamos que he tenido otros mejores—resoplé.

—¿Y eso? Espero no haberte fastidiado con mis mensajes, pero es que me fue imposible dejar las manitas quietas.

—No, ni mucho menos. Tus mensajes me encantaron. Lo que pasa es que el viernes fue un día complicado—suspiré.

—Define complicado, anda, que soy todo oídos.

—Todo oídos y con unas manos de oro, que ya voy notando mejoría en el hombro, como te dije.

—Me alegra mucho, pero no me cambies de conversación, que te veo venir.

Notaba que se interesaba mucho por mis cosas y eso es algo que nos seduce a todas las mujeres. Aunque, para seducción, la de aquellos ojos azules clavados en los míos. Por no decir lo mucho que se me seguía erizando la piel tan pronto ponía las manos sobre mi hombro.

—Pues que me ha contado un pajarito que mi marido no es trigo limpio, y eso es algo que yo no esperaba—murmuré.

—¿Un pajarito? Pero ¿un pajarito de fiar?

—Sí, ya sabes eso de que se dice el pecado, pero no el pecador. No puedo darte más señas, pero es alguien que lo conoce bien.

Mejor que la madre que lo parió me parecía a mí que lo conocía ya Jesús, lo que por otra parte no era difícil porque mi suegra, con tanta ida y venida, no es que le prestara demasiada atención a su hijo.

Menuda ayuda que hubiera tenido yo en el caso de decidirme a llamar a la cigüeña, con esa mujer dando vueltas como una peonza por el mundo y con mis padres en Huelva. Algo valía que, con el plan que se me había presentado con Albano, si veía a la cigüeña merodear por mi casa, le daría tal pedrada que la tendrían que ingresar.

—Entiendo, ¿y qué te ha dicho ese pajarito?

—Pues que debo tener más cuernos que un ciervo. Y lo que más me jode es que yo he estado en la inopia total, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

Y tal cual, me llevé las manos a ella y con los dedos dibujé unos cuernos que le hicieron desternillarse.

—Lo comprendo perfectamente, yo también salí escaldado de mi última relación por los mismos motivos. Vamos que tú y yo no compartimos la teoría esa de que los cuernos son como los dientes. —Trataba de animarme con una conversación en tono jocoso.

—¿Qué teoría? No la conozco.

—¿No? Pues mira que es eminentemente científica, esa que dice que los cuernos y los dientes primero duelen al salir, pero luego ayudan a comer... Ya sabes, por lo de pasar a ser tres. No me hagas ni caso, es una mierda de chiste. Yo odio la infidelidad, no la puedo entender.

—Ni yo. Si alguien te deja de interesar por la razón que sea, se lo dices y ya está, pero no le jodas la vida.

—Lo que pasa es que eso lo entienden los valientes, pero los cobardes ven la posibilidad de quedarse en el nido calentitos, como los polluelos, y luego ir dando picotazos por todos los lados.

—¿Picotazos? — Yo no lo hubiera definido mejor. Estaba logrando hacerme reír.

—Entonces, ¿tú y yo cuándo nos fuimos juntos? Se te acabaron las excusas.

—¿Te imaginas? —le contesté a la velocidad de la luz.

—Y tanto que me lo imagino. Pero, como aperitivo, yo iría pensando en un fin de semana, no sabes las ganas que tengo de mimarte.

—¿En un fin de semana? ¿Pero a ti se te ha ido la pinza?

—Pues lo mismo sí. No me digas que no existe ningún motivo por el que puedas salir de tu casa un par de días. Jo, Ingrid, que no creo que vivas en una prisión de máxima seguridad.

—No, claro que no, pero tampoco puedo salir de allí como la que va a comprar tabaco y no aparecer hasta el lunes. Además, ¿en qué plato hemos comido tú y yo juntos para irnos así de aventura? ¿Tú te estás escuchando?

Era de locos, lo que me estaba planteando era un poco de locos. O yo me había quedado muy antigua, que también podía ser.

—Ya, que igual estoy corriendo un poco, ¿no? Lo que pasa es que veo que nuestra compatibilidad sería total, yo lo siento así.

Parecía que sus palabras le salían del alma, no veía en Sasha al típico listillo que prometía y prometía hasta que la metía.

—Hombre, a ver, que yo también me siento muy atraída por ti, pero entiende que tú y yo ni siquiera nos...

Imposible acabar la frase, porque sus labios se encargaron de sellar los míos antes de que lo hiciera.

—¿Ni siquiera nos habíamos besado? —me preguntó al apartarse, mientras yo lo miraba ojiplática.

—Justo eso, sí, es lo que iba a decir.

—Pues ahora ya no te vale porque siento informarte, Ingrid Gutiérrez, de que oficialmente acabamos de darnos nuestro primer beso.

Un beso que me elevó muchos metros sobre el suelo, no sabría calcular cuántos.

—¡¡Estás loco!! —exclamé.

—Pero no se lo digas a nadie, será nuestro secreto, pequeña.

El de “pequeña” era un término que me chiflaba. Al principio Albano lo utilizó mucho conmigo, pero ya hacía un tiempo que había desaparecido de su vocabulario.

Aquel día salí de la consulta con la cabeza totalmente tarumba, para qué decir otra cosa.

Jesús esperaba su ración de noticias a la hora de merendar.

—No te hagas de rogar, que seguro que ha pasado algo más entre vosotros. Lo llevas en los ojos, brujona. Además, con Albano ya veo que no está el horno para bollos, menudos caretos los vuestros...

—Sí, es que discutimos el sábado. ¿Te puedes creer que tuvimos que volvernos a casa después de salir a cenar? Es que al señor se le olvidó hacer la reserva, como todo lo que tenga que ver

conmigo. Al fin y al cabo, yo creo que mi maridito me ve ya más como su cornuda oficial que como otra cosa.

—Pues sí que vienes calentita. Pide la leche fría, que con que le metas el dedo, la pones hirviendo.

Todavía no había terminado de decirlo y ya él solito se estaba desternillando.

—Calla y no me hables de meter el dedo, que se me va la pinza.

—A ti te está calentando el fisio, no me digas que no. Cuenta, no me tortures más.

—Sí, Jesús, tú eres con el único con el que me puedo desahogar, menos mal que te tengo de paño de lágrimas, no sé lo que haría sin ti.

—Pues dale algo jugoso al paño de lágrimas, anda, que también tiene derecho.

—Mira que eres cotilla, que te gusta más un chisme que a un tonto un lápiz.

—No lo sabes tú bien. Por Dios, suelta por esa boquita. —Puso los ojos en blanco como si fuera a entrar en trance del gustito que le producía saber.

—Pues que me ha propuesto que pasemos un fin de semana juntos, ¿está loco o no está loco?

—¿Qué dices? Me caigo muerto en la piedra. —Teatralizó a su estilo y yo me doblé en dos de la risa.

—No seas payaso y, además, para que no me lo encuentre todo de golpe ha empezado a repartir ya, allí en la misma consulta.

—¿Te ha empotrado?? Porque si te ha empotrado yo ya vuelvo a creer en Cupido y en todos los mitos del cuore.

—¿Qué tendrá que ver Cupido con un empotramiento? Que no, bestia parda, que no es eso. Anda que eres todo romanticismo.

—¿Y entonces qué te ha dado para que tengas esa cara de pánfila que me llevas?

—Un beso, me ha dado un beso. Ya está, ya lo he soltado.

—¿En todos los morros? ¿Con lengua? ¿Te ha llegado hasta la campanilla? ¿Cómo besa? ¿A qué sabe? ¿Lo ves ahora más follable?

—Por Dios, Jesús, que me asfixias, qué barbaridad.

—Eso es, ahora Jesusito te asfixia. El rubiales te ha metido la lengua hasta no se sabe dónde, pero el que te asfixia es el niño Jesús.

El niño Jesús, como él decía, no podía tener más guasa y le di tal porrazo en el brazo que casi me vuelvo a lastimar el hombro.

—Mira, por tu culpa me vuelve a doler.

—Claro, pobrecita ella. No va a tener más remedio que dar unas poquitas más de sesiones de rehabilitación, qué pena.

—No puedes ser más tontajo, cállate ya. Claro que me gustó el beso, imagínate.

—Me hago cargo, me hago cargo. ¿Y qué piensas hacer de lo del fin de semana?

—Uff, a eso no le veo remedio. ¿Dónde podría decirle a Albano que voy? Que yo todavía no quiero levantar la liebre, que ese es muy listo y como se huele la tostada es capaz de llamar a un buen abogado y gastarse un pastizal para ir arrimando el ascua a su sardina.

—Entonces tendrás que actuar con el máximo de los sigilos, baby, como en las pelis de suspense.

El tono con el que lo comentó me resultó la mar de interesante. Mira que si al final le cogía yo el tranquillo a eso de tener una aventura... Bien se le estaría empleado a Albano, que al saber desde cuándo estaría jugando a dos bandas.

Me dio por ser suspicaz y pensar que en los últimos meses había tenido yo nada más y nada

menos que dos cistitis. Anda que si las había sido por tapar mi maridito un agujero que no debía, qué asquito le estaba cogiendo.

—Pues no sé quién podría ayudarme a preparar una coartada.

—¿No se te ocurre? Pues a mí sí. Vamos a jugar al veo veo. La letrita con la que empieza es M y acaba por A, y vive en Barcelona.

—¿Marta? ¿Mi hermana Marta?

—No, mi prima Marta, que también vive allí, pues claro que tu hermana Marta, ¿quién mejor que ella?

Bien pensado, aunque hacía mucho que vivíamos de punta a punta de España, Marta había sido cómplice mía de toda la vida de Dios.

—Pero la voy a dejar loca, ¿no? —Pensaba en alto.

—Sí, loquísima, como que ella no ha vivido nada, ¿no ves que es una pobre mujer que lleva toda la vida haciendo calceta en su sofá?

—Ya, ya, no hace falta que seas tan irónico, puñetas. Sí, en eso tienes razón, Marta no se va a rasgar las vestiduras porque yo tenga una aventura, ¿no?

—Pues claro que no. Y mucho menos cuando le digas que es probable que tu querido marido haya tenido no una, sino un ciento, guapa.

—Sí, sí, que eso le va a hacer una gracia que no veas. Podría decirle a Albano que me voy con Marta un finde, que me necesita por alguna razón.

—Porque está esperando el resultado de unas pruebas médicas que se tenía muy calladitas, por ejemplo. Y que está acojonada.

—No, no, eso no, que me da miedo tentar al diablo, déjate. No puede ser nada de salud. Mejor decir que tenía algo con un chico y que se ha roto. Que no nos había comentado nada, pero que estaba muy ilusionada y que se ha quedado hecha polvo.

—Bien, eso está genial. Y con lo regularcitas que están las cosas entre el jefe y tú no te va a poner problema, Ya lo verás...

—¿Tú crees? Y si no es así le arreo otros dos chillidos, que le estoy cogiendo el gustillo.

—Mira la jefa, que parecía tonta cuando la compramos y no veas si está espabilando.

—¿Tonta? ¿Me has llamado tonta?

—Sí, mujer, pero solo un poquito, tampoco mucho, ¿eh?

Capítulo 12



El viernes al mediodía se desató la locura. Desde el martes, el día en que le conté a Sasha que nos íbamos de fin de semana, los dos andábamos enfrascados en los planes para que todo saliera a pedir de boca.

Él, que no podía estar más pendiente de mí, me había pedido que dejara todos los preparativos en su mano. Por esa razón, tan solo tuve que ocuparme de preparar mi coartada y de suavizar un poco las cosas con Albano para que no me pusiera pegas.

En lo primero, me echó el cable del siglo mi hermana, que se quedó de piedra cuando le conté todas las novedades de mi vida.

—Ponle una cornamenta que no pueda volver a pasar por una puerta sin quedarse enganchado, ¿será mierda el tío? —Marta estaba no indignada, sino indignadísima.

En lo segundo, me empleé yo, que tampoco quería que las cosas se me fueran de madre antes de tiempo con Albano.

—No te preocupes, guapa. Si tu hermana te necesita, debes ir. Marta nunca te ha pedido nada así y para una vez que lo hace, no la debes dejar tirada.

Tanta condescendencia me olía a chamusquina. Era probable que Albano viera el cielo abierto cuando le conté de irme un finde, y ya tuviera preparado algún plan de los suyos para pasárselo de fábula. Pues que lo disfrutara, porque servidora pensaba sacarle el máximo jugo, al plan me refiero, jeje.

Cómo podían cambiar las tornas y en qué poco tiempo. En la vida hubiera creído que me iba a importar un pimiento lo que mi marido hiciera o deshiciera y es que yo estaba pensando en hacerla más gorda todavía. Mejor no pensar...

—Me alegra que lo entiendas. Sé que no hemos estado demasiado bien últimamente, creo que el estrés nos ha pasado factura. Igual es que trabajamos demasiado, ¿no?

—Puede ser, pero ya le buscaremos una solución. Y estaba yo pensando que por qué, para una vez que vas, no te tomas el viernes libre y sales en un avión tempranito.

—Pues mira en eso tienes razón, no lo había yo pensado.

—Si quieres te dejo en el aeropuerto de Jerez antes de abrir el salón, a ver si coinciden los horarios.

—No, eso sí que no. Para eso me voy en un taxi, que por una vez no nos vamos a arruinar, y así no tienes tú que estar pendiente de mis horarios y demás.

—Pues tienes razón. Si lo ves bien, por mí perfecto.

Todo solucionado y yo con vía libre para coger el pescante sin tener que dar más explicaciones.

Habían dado un tiempo de maravilla y nuestro destino no era otro que Málaga, una ciudad en la que yo había estado mil veces y que en esa época del año constituía una verdadera preciosidad.

De haber tenido más días, probablemente nos hubiéramos planteado un viaje más largo, pero al ser solo tres, no queríamos desperdiciarlos con demasiados desplazamientos.

Quedamos en el paseo marítimo y allí Sasha me recogió con su deportivo descapotable. Ya me había advertido de que ese era el plan, de modo que me atavié con una falda plisada y unas zapatillas de esparto, blusa ceñida, gafas de sol y pañuelo en el pelo a lo Andrey Hepburn.

—Dios, me acaba de cegar una estrella caída del cielo. —Otro que le echaba un teatro a la cosa que me hacía reír.

—Pues esta estrella te dice que arranques ya, que parece que estoy cometiendo un crimen—le confesé después de darle un beso.

A lo largo de aquella semana habían sido varios los que nos habíamos dado entre las cuatro paredes de su clínica. Por suerte, aquellas no podían hablar porque de otro modo nos hubieran puesto en un compromiso.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa. Málaga nos espera...

Yo no podía ir más emocionada. Incluso lucía el pelo liso aquel fin de semana. ¿La idea no era cambiar? Pues toma cambio.

Jesús me lo había alisado la tarde antes, con una paciencia digna de elogiar, pues hacer desaparecer con la plancha mis marcados tirabuzones no era moco de pavo, pero mi niño valía un potosí.

—Pues te ordeno que detengas el tiempo desde ya, porque no me va a apetecer volver.

—No me lo digas dos veces, que no vuelvo ni a por mis cosas.

Íbamos cuesta abajo y sin frenos, y no me refiero al coche, sino a nosotros. Todavía no nos habíamos ni acostado y ya estábamos fantaseando con la posibilidad de marcharnos a vivir juntos a otro lugar, como si nunca, como si nada, como si nadie...

Puedo asegurar sin equivocarme que disfruté como una loca cada uno de los segundos que duró el trayecto entre Cádiz y Málaga. La complicidad de nuestras miradas fue el principal motivo para ello, pero lo mucho que fuimos hablando por el camino también tuvo mucho que ver.

Una hora antes de llegar a Málaga paramos para tomar un cafecito en un área de descanso.

—Mira, mira, están de luna de miel, seguro—le decía una niña a otra mientras observaban cómo nos besábamos.

—Niñas, la boca cerradita—les indicó su madre mientras les hacía una seña para que borrarán de sus labios las huellas del delito, esto es, el chocolate.

—Pero es que deben ser unos novios que se han casado, porque se quieren mucho—insistieron aquellas dos pequeñas metomentodo.

—Punto en boca si no queréis quedaros sin postre todo el fin de semana—les advirtió su madre mientras nos dedicaba una sonrisa.

—No te preocupes, que no nos molesta—le comenté viendo que el potaje se les iba a poner agrio a las dos enanas.

—¿Pero estáis o no de luna de miel? —preguntaron las dos y su madre hizo un gesto como de que le iba a dar un vahído, debían ser tremendas.

—Todavía no, pero igual pronto sí—les soltó Sasha y yo pensé que el vahído me iba a dar a mí, porque aquello no era serio.

Para que nos hubieran visto allí las cuentistas de las amigas de mi suegra, diciendo él que lo mismo nos casábamos pronto. En los periódicos habríamos salido, y en la mismísima primera plana.

Proseguimos camino a Málaga, donde íbamos a pasar tres días y dos noches increíbles. Y no

voy a decir por ello que no me inquietara un poco lo de las noches, que lo de hacerlo con alguien que no fuera Albano me cogía totalmente de nuevas, pero el deseo me podía.

La idea era quedarnos el primer día disfrutando de sus magníficas playas. Para el segundo, Sasha me tenía reservada una sorpresa que según él disfrutaríamos a tope juntos.

Ni un pelo me extrañaba, porque todo lo que tuviera que ver con él me tiraba tela.

Ya de entrada me dejó boquiabierta con el impresionante hotel que escogió en la playa que contaba con unas instalaciones que no se las saltaba un galgo. Yo siempre que me hospedé en la ciudad lo hice en una casita de alojamiento turístico, por lo que en cuestiones de hoteles estaba pez.

Subimos a dejar la maleta y la suite en cuestión me encandiló. Amplísima, con una cama que podría albergar a todos los que en su día pasaron por el camarote de los hermanos Marx, y con unas vistas al mar que me hicieron llevarme las manos a la boca.

—¿Te gustan, preciosa? —me preguntó mientras en la terraza me cogía por la cintura, desde atrás.

—¿Tú qué crees? Qué pasada de sitio, qué pasada de fin de semana y qué pasada de compañía. —Me volví para darle un beso, al que siguió una interminable concatenación de ellos.

Había imaginado nuestra primera vez de otra forma, no voy a mentir. De hecho, preparé para la ocasión un delicado y caro conjunto de lencería negra, que incluía un ligero que era una virguería, así como unas medias sexy a rabiar.

Todo ello lo había comprado en una escapada que hice el jueves tarde a unos conocidos almacenes gaditanos, de forma que pudiera lucirlos para Sasha. Ya me lo pondría, pero la primera vez había llegado y no me iba a entretener adornándola más, cuando nuestras pieles clamaban por fusionarse.

Antes de que me quisiera dar cuenta, el suelo estaba regado por mi blusa, mi falda y el pañuelo de mi pelo.

—Liso, increíble también—me comentó cuando vio que ni rastro había en mi cabeza de los tirabuzones.

—Renovarse o morir, ¿no es eso?

—Eso exactamente, pequeña—apuntilló y yo sentí que me derretía, no sabía muy bien si por el “pequeña” o por el calor que emanaba de sus dedos, que hacían todo lo posible por desprenderse también de los pocos centímetros de tela que cubrían mi cuerpo; es decir, de mi sujetador y de mi tanga.

No tardé más de unos segundos en quedar completamente expuesta ante él y un ligero enrojecimiento en mis mejillas le habló de que yo no me había visto en otra en mi vida.

—Vamos al ritmo que tú quieras—susurró en mi oído mientras también se deshacía de su ropa.

Sé que en las cuestiones de alcoba tres son multitud, pero no pude evitar acordarme en ese instante de Jesús. Si él hubiera podido ver a Sasha como su madre lo trajo al mundo, existía la posibilidad de que termináramos llamando al 061, por aquello de que no habría forma de reanimarlo.

—Al ritmo que ambos queramos—le sugerí con la piel más erizada que en ningún otro momento de mi vida.

Un ritmo que no tardamos en encontrar, con la incomparable vista del mar de fondo, dando color a una imagen que de por sí hablaba de amor, de pasión y de frenesí en estado puro.

No podría precisar cuánto tiempo permanecemos amándonos, pero sí que los segundos se volvieron horas, dada la intensidad de un momento que ambos esperábamos con auténtica

impaciencia.

—Ha sido, ha sido... único—susurró en mi oído cuando ambos caímos exhaustos y mientras él jugaba con mi pelo.

—Ni que lo digas, ha superado todas...

—¿Todas tus expectativas? —Se apresuró a preguntarme y yo asentí.

—Así es.

—Pues cree que las mías también, cariño.

Ese “cariño” saliendo de sus labios me sabía a gloria. Qué complicidad compartimos en una ciudad en la que encontramos la más calurosa de las acogidas, la que nos regalamos el uno al otro.

Nos costó decidarnos salir a almorzar, pues la tentación de seguir degustando aquel postre que habíamos tomado antes de tiempo no era precisamente pequeña.

Por fin, salimos de la mano y nos sentamos en uno de los restaurantes de la playa, en los que ya se respiraba un agradable olor a casi verano.

—Lo siento por la pesturria posterior, pero yo me muero por hincarle el diente a un buen espeto de sardinas—me sinceré con él.

—Pues no sabes el peso que me quitas de encima, porque yo estaba antojado de otro y no sabía cómo decirlo.

—¿Tú estabas antojado de qué? Oye, solo de mí, ¿eh? —Puse los brazos en jarra.

—¡Te como, mi celosilla! —me soltó y a punto estuvo de ser devorado él, pues ganas no me faltaban de saltar sobre su cuerpo serrano, ataviado con aquel polo celeste, bermudas azules marinas y deportivas.

No podía ser más bonito ni yo sentirme mejor en su compañía. No fue hasta después de pedirle al camarero la comida y un par de cervezas heladas cuando reparé en que ni siquiera había llamado a Albano.

Saqué el móvil y vi que tenía la excusa perfecta. Al rato de salir de Cádiz lo puse en modo avión y no lo había quitado. Vi que tenía varios wasaps suyos y me disculpé escuetamente. Poco pensaba contactar con mi marido ese finde. Yo ya tenía mi diversión particular y no estaba dispuesta a perderme un segundo de aquellos luceros azules que brillaban en su cara.

Si la felicidad pudiera definirse en un momento, para mí sería ese. Lejos de todo lo que me ataba, moría por seguir siendo devorada en el fuego de sus llamas.

Capítulo 13



El sábado amanecía viendo la vida de color de rosa. Pero no de un rosa cualquiera, no, sino de uno brillante, seguramente producto del brillo de las estrellas que vi a lo largo de la noche anterior con Sasha.

Digamos que, después de la cena, los dos decidimos que de nuevo había llegado la hora del postre, que en esta ocasión sí fue todo un derroche de lencería fina por mi parte que provocó tal disparate en su pecho que bien parecía que en él trotaba un caballo de carreras.

Después de la primera ración, vino otra y otra más, de tal suerte que terminamos laxos y rendidos después de un buen número de horas hablando de amor a través de nuestros cuerpos desnudos.

Para cuando vine a despertarme, yo ya ni me acordaba del nombre de Albano, para qué voy a decir otra cosa. Y eso que el suyo tampoco era un nombre común, que anda que pocas veces me había tenido yo que tragar la dichosa bromita de que si era Romina.

—¿Y para hoy decías que me tenías preparada una sorpresa? —le pregunté con la ilusión de una niña que espera recibir zapatos nuevos. Y nunca mejor dicho, que a mí los zapatos me habían hechizado desde mi más tierna infancia.

—Sí, Ingrid Gutiérrez, y otra cosa, compruebo con regocijo que ya mueves mucho mejor el hombro.

—Correcto, pero de eso es el responsable un fisio fantástico que tengo, ¿no te he hablado de él?

—¿Fantástico? ¿Y debería tener celos?

—Un poco sí, si te digo lo contrario te miento.

—Cuéntame, anda, que esto se pone más interesante por momentos.

—Pues mira porque el tío es guapo, tiene un cuerpazo capaz de derretir el hielo de los polos, es simpático, alardea de un pico de oro y, además, hace con la lengua unas cosas que yo no sabía ni que existían.

Después de decir eso me quedé tan cortada que empecé a patallar en la cama y él a carcajearse.

—Repítelo, por Dios, que me muero por volver a escucharlo.

—Ni en broma, ya tendría que ser delante de mi abogado. Y otra cosa, negaré todo lo dicho delante de cualquier tribunal de justicia.

—Oye, a ti te gustan mucho las pelis de abogados ¿o qué?

—Mucho, mucho, como quiere la trucha al trucho, pero no me vayas a preguntar porque no, nunca me planteé ser abogado. A mí, como que lo de comerme los libros no me ha ido en la vida, ¿sabes?

—Ya, ya, pues no será porque no seas lista, que de tonta no tienes ni un pelo.

—¿Sí? Pues entonces para que tú vieras a mi hermana Marta, que esa sí que sabe más que los ratones colorados.

—¿Y dices que sois igualitas como dos gotas de agua? Cielos, me voy a quedar impactado cuando os vea juntas. Tú avísame, ¿eh? No vaya a ser que haga el candado yéndome para la que no es y me lleve el bofetón del siglo.

—Que no sería el primero al que le ha pasado, eso ya te lo garantizo yo.

—No me extraña, es que tal parecido es un peligro en potencia.

Para potencia la que tenía él, que me había llenado las pilas a tope en lo sexual. No en vano, hacía tiempo que andaba un tanto en dique seco, porque Albano no estaba demasiado por la labor.

En su momento me comió el coco el asunto, no voy a negarlo, pero ya hacía tiempo que concluí que, pasados los años, no tendría las mismas ganas y punto. Hasta que llegó Jesús y me abrió los ojos; apetito seguía teniendo, lo único era que sus gustos habían cambiado, ¡y tanto que habían cambiado!

Lo que también le iba a cambiar, de paso, era la cara el día que yo le diera en ella con mi historia con Sasha, a la que habíamos apodado “un idilio por los pelos”, dado que comenzó en la peluquería.

—Ahora en serio, niño, ¿qué vamos a hacer? Ya apenas me queda una semana de rehabilitación, el miércoles es el último día.

—Pues ya te estás haciendo la tonta y diciéndole a tu médico que rabias con el dolor para que te mande otras dos más.

—Ya me gustaría, pero que tampoco puedo faltar tanto tiempo al trabajo, pero, por otra parte, yo no puedo dejar de verte todos los días...

—Ey, ey, pequeña, no entres en bucle, que todo se va a arreglar—me aseguró mientras me daba un fuerte abrazo.

—¿Me lo prometes? —Tenía la lagrimilla a punto de asomar, no quería que aquello acabase.

—Te lo prometo y ahora *jalehop!* —Se puso de pie en la cama y tiró de mis brazos para que hiciera lo mismo.

Si ese mismo gesto lo lleva a cabo días antes, le hubiera pegado un chillido de espanto, pero mi hombro estaba saboreando las mieles de haberme encontrado con un fisio sensacional... Y que encima tenía otras cualidades increíbles.

Tras apañar un poco una rápida llamada a Albano, nos dispusimos a salir a desayunar. Un rato después ya estábamos montados de nuevo en el coche, camino de ese lugar secreto que iba a hacer mis delicias, según él.

Es llamativo como, a veces, crees conocer un sitio y sin embargo cosas fascinantes de él han pasado de largo para ti. Esa sensación tuve aquella mañana, pues, aunque conocía bastante bien Málaga, no así aquel espectáculo de color natural que tuve la dicha de poder visitar de la mano de Sasha.

—¡Es la leche! —chillé cuando bajamos del coche y divisé los cerezos en flor.

—¿Te gusta? —Me abrazó fuerte mientras los observaba conmigo.

—Qué va, esto es una porquería, vámonos—le saqué la lengua—, ¿cómo no me va a gustar?

—Yo he venido muchas veces, es un regalo de la naturaleza, ¿sabes que llaman a este lugar el Valle del Jerte malagueño?

—No tenía ni idea, pero ve sacando la cámara que esto tiene que quedar inmortalizado.

Naturalmente que me refería a la suya, que no a la mía. Bastante mosqueante iba a resultar para mi maridito que no le mandara ni una sola instantánea con mi hermana, cuanto y más...

Estando como estábamos en la zona de Alfarate, aprovechamos para hacer una bonita ruta de senderismo. Sasha me había advertido que fuera vestida deportivamente, menos mal, pues hubiera sido la pera limonera intentar recorrer tan bellos parajes en tacones.

Hasta un picnic llevábamos, que él había encargado a la cocina del hotel. Y es que no le faltaba un detalle a aquel chico. Nos lo tomamos al mediodía a la sombra de unos frondosos árboles mientras jugueteábamos, compartíamos confidencias y nos sacábamos una y mil fotos, algunas de las cuales eran más seriecitas y amorosas, mientras que en otras activábamos el plan payaso total.

Sé que a muchas personas les hubiera dado un poco de yuyu eso, lo de dejar evidencias fotográficas de una aventura como aquella. No era mi caso, porque yo ya había interiorizado que lo mío con Albano eran habas contadas.

No volvimos a Málaga hasta por la tarde, con las caras morenas por el sol que habíamos recibido durante el día.

—No va a colar que te hayas pasado el día consolando a tu hermana, lo siento, pero parece que vienes del mismísimo Caribe, guapa.

Me miré en el espejo del baño y comprobé que no le faltaba ni una mijita de razón. Que pensara lo que quisiera, también podría haberla consolado paseo va y paseo viene, ¿o no?

Y mejor no hablo de consolar para no caer en un chiste fácil, pues un consolador era lo que parecía tener Sasha entre las piernas. Pero no uno a pilas, sino de carga rápida, porque todavía no me había dado una ducha y ya volvía a buscarme.

—Como esto siga así no salimos a tomarnos un copazo—le advertí un rato más tarde, tras habernos amado a conciencia de nuevo.

—No, no, eso no se puede consentir. Tú y yo vamos a salir a cenar, a beber, a bailar, a saltar y a chillar que nos queremos—me aseguró.

Sí, yo no estaba transitoriamente enajenada a nivel mental, Sasha había dicho alto y claro “que nos queremos”. ¡Toma ya!

La noche se presentaba de juerga total. No sé cuántísimo tiempo hacía que yo no me corría una de esas (de las juergas, ¿eh?). No voy a decir que yo fuera demasiado de salir de noche, pero que una vez al año no hace daño, como reza el dicho.

Distinto hubiera sido de ir con Albano, pues él se negaba en rotundo a cosas que ya calificaba como de niños. Pues en ese caso, vivan los niños, porque la noche que íbamos a pasar estaba llamada a convertirse en épica.

Comenzamos por hartarnos a pizza en un italiano. Los dos coincidimos en el gusto por la cuatro quesos, tras lo que nos zampamos un tiramisú que se le antojó a Sasha, del que yo tomé también unas cuantas cucharadas.

Para echar hacia abajo todo aquello, optamos por ir a bailar un rato. Copazo va y copazo viene, terminamos cantando todas las canciones, pues los dos coincidíamos en gustos musicales y nos las sabíamos todas.

Tanto fue así que el dueño del local nos retó. Si acertábamos la siguiente que nos ponía, nos invitaba a todas las copas de la noche.

—¿Qué dices? Pero si a ese tío no lo conocen ni en su casa—le comenté cuando seleccionó una de la que yo no tenía ni idea. ¡Ahí me había pillado!

—Tranqui, cariño, que yo la tengo en la punta de la lengua—me aseguró un Sasha que estaba convencido de que podía ganar la apuesta.

Y dicho y hecho. Antes de que acabara la canción escupió no solo el nombre del autor sino su título, para sorpresa de todos los presentes.

El dueño se quedó alucinado y yo grité un ¡¡este es mi chico!! Todos los presentes aplaudieron y nosotros nos besamos. La noche no pudo presentarse más divertida y salimos del local, casi a cuatro patas, a las tantas de la madrugada.

Al día siguiente no había excursión prevista alguna y mejor así, ya que me daba a mí que íbamos a dormir como lirones, sin despertador que valiera.

Así fue, dado que no tuvimos bastante con la juerga callejera y nos corrimos otra en la cama, nunca mejor dicho. Una vez finalizada, que también hay que decirlo, prácticamente caímos en coma.

Resucitamos a las doce de la mañana del día siguiente, sin poder creer la hora que era.

—¡No me jodas! —chilló Sasha cuando lo comprobó.

—¿Qué pasa? No me digas que hemos perdido algo, ¿trajimos las carteras? —Yo no sabía ni cómo me llamaba cuando llegué al hotel.

—Sí, tranqui que está todo controlado, me quejo por la hora, son las doce del mediodía.

—¡¡No!! —chillé mientras me tapaba la cara con el mullido almohadón.

—Me temo que sí, pequeña, es cuestión de almorzar y salir zumbando para Cádiz.

Lo normal hubiera sido que me recogiera Albano a la llegada al supuesto aeropuerto, pero antes de salir de casa logré esquivar ese escollo también. Aquel día era el cumpleaños de su madre, y le comenté que debía celebrarlo con ella, que yo me cogía un taxi y me unía a ellos para la cena.

Y ya divisaba en el horizonte una cena que no podía apetecerme menos. Vale, que no es que fueran a servir pepinillos en mal estado, pero que ya no me parecía que pintara nada en ese ambiente tan rancio.

La despedida de Sasha, a pocas calles de la casa de mi suegra, fue para mí amarga. Desde allí cogí un taxi, que diría que me había recogido en el aeropuerto de Jerez, como quedé con Albano. Lo hice así por si él estaba mirando por la ventana, que no tenía yo ganas de gresca.

De lo que sí tenía ganas, y muchas, era de volver a ver a Sasha al día siguiente...

Capítulo 14



El lunes amanecí con sentimientos contradictorios. Apenas podía creer que a quien tuviera al lado en mi cama fuera a Albano y no a Sasha, dos noches habían sido suficientes para que sintiera que era con él con el que deseaba dormir el resto de ellas.

Tampoco ayudó el hecho de que según aterrizara me tuviera que meter en el nido de cuentistas que era la casa de mi suegra. Si hasta diría que, a pesar de los años transcurridos, aquellas me seguían mirando por encima del hombro, quizá por ser una peluquera. Yo me pasaba sus miraditas por el arco del triunfo, que todo hay que decirlo, pero no es que me resultara precisamente agradable.

Desde una aburrida Fernanda contando las maravillas de las clases de pilates como si las hubiera inventado ella, hasta otra que se llamaba Clara que decía que su hijo iba para astronauta. Lo había tenido con más de cuarenta años y se debió pensar que su retoño estaba tocado con una varita divina o algo, porque según ella la de su hijo iba a dejar en pañales a la trayectoria del mismísimo Pedro Duque.

Aquel ambientito no había quien lo aguantara, porque la guinda del pastel la ponía Nati, la que trabajaba en la misma clínica que Sasha y que me miraba como si yo fuera el último ejemplar de una especie en peligro de extinción o algo.

Ganitas me dieron de preguntarle si yo tenía monos en la cara o algo, pero me pareció que era mucho más prudente dejarlo estar. Total, como se suele decir, para lo que me quedaba en el convento, me cagaba dentro.

Lo mejor de la noche, sin duda, fue el patinazo que dio la más tonta de todas las amigas de mi suegra, una tal Fuencis, que era del norte y para colmo solía mofarse de nuestro acento andaluz. Yo no sabía cómo la aguantaba el resto, sería porque poderoso caballero es don dinero, y esa no solo estaba forrada, sino que encima era marquesa de no sé yo dónde y claro, las demás le hacían la rosca que era un gusto. Como si eso se pegara o algo, ignorantes, no podía ver a aquella panda de hienas.

Por si faltaba poco, antes de irnos salió el tema estrella. Yo lo estaba esperando, porque nunca me libraba, pero no por ello dejo de escocerme.

—Ingrid, bonita, ¿y para cuándo los niños? —me preguntó Nati en un tono un tanto jocoso.

—Pues para cuando Dios quiera, Nati. —Me hice la tonta y adopté un gesto modosito, como mirando al cielo, a ver si así la providencia divina intervenía.

Por mi gusto que interviniese, pero no para dejarme encinta, sino para darles alguna distracción a todas ellas y dejarme a mí tranquilita.

—Mujer, que eso está muy bien, pero que no todo se puede dejar en manos de Dios, también tiene una que poner algo de su parte. Mira, yo cuando me quise quedar embarazada de mi Bernardo, tenía a mi marido reventadito, pero es que buena soy cuando se me mete algo en la

cabeza. Tenía el tema la mar de estudiado, si quieres te paso los calendarios que hice de los días fértiles, porque chica, fueron mano de santo.

Una revolución científica debían ser los puñeteros calendarios, lo último de lo último en concepción, la envidia de las clínicas de fertilidad.

—No, no te preocupes, te lo agradezco, pero seguro que un día de estos nos suena la flauta.

La flauta iba a sonar, como Ingrid que yo me llamaba, pero no en el sentido que ellas decían. Por Dios que Albano no me ponía la mano más encima. No sabía cómo lo haría, pero por ahí no estaba dispuesta a pasar.

Al menos, eso sí, mi marido me estuvo echando un cable durante el par de horas que permanecimos allí, porque sabía que lidiar con todas ellas a la vez tenía tela. Según me dijo, me había echado mucho de menos, aunque eso quisiera haberlo visto yo por un agujerito. Eso sí, si él hubiera podido mirar por el mismo agujerito en dirección inversa también se le hubiera caído el alma a los pies, porque yo ni estaba con mi hermana ni jugando a las casitas.

Cuando nos metimos en la cama su abrazo me estremeció. Qué difícil me resultaba que fueran sus brazos y no los del fisio que me había enamorado.

—¿Cómo tienes el hombro, cariño? Te perdiste la sesión del viernes, ¿te ha empeorado?

—Quizás un poquillo, creo que dos semanas no me van a bastar, intentaré que me den algunas más. ¿Te parece? —disimulé, cuando lo cierto es que lo tenía mucho mejor.

Que me había perdido la sesión del viernes decía, no sabía él muy bien cómo había sido la sesión de marras, igual que las del resto del fin de semana, ¡vaya sesiones, aunque no de rehabilitación precisamente!

Mi pena era no saber cuándo iba a poder disfrutar de la siguiente. No quería ni pensar en que llegara el fin de semana y me tuviera que quedar en casa, en el máximo de los ostracismos.

Así se lo conté a Jesús en el desayuno. De perdidos al río, él lo sabía todo...

—No te preocupes, jefa, que ya verás cómo te las apañas para ir a ver a tu maromo, que un espécimen así no se puede desaprovechar. Entonces, repítemelo, en la cama es un portento, ¿no?

—No te lo puedes tú ni imaginar, pero que no solo es eso, que además es un amor. —Puse los ojos en blanco, no podía dejar de pensar en él, el tiempo que no pasáramos juntos se iba a convertir para mí en una maldición.

La sonrisa no se borraba de mi rostro mientras iba camino de la clínica. Las horas se me habían hecho largas como semanas desde la noche anterior. Su precioso mensaje de buenas noches hizo que cayera con más ganas en los siete sueños.

“Que sueñes conmigo preciosa, mañana nos vemos. Te estoy echando de menos desde el mismo momento en el que te bajaste del coche”

Pues si él me estaba echando de menos, yo no me quedaba atrás ni mucho menos. De hecho, aquel día me parecía ir levitando y no pisando el suelo con mis tacones, de las ganas que tenía de llegar y verlo.

Estaba en la salita de espera cuando escuché el cuchicheo de dos pacientes de considerable edad.

—Que sí, que me lo ha dicho la enfermera, que Sasha no está hoy—le comentaba la una a la otra y yo me quedé de piedra.

—Perdone, ¿dice que hoy no atiende Sasha?

—Eso me ha dicho la enfermera, hija, yo no sé más. Y es una pena, porque ese muchacho tiene unas manos estupendas.

—Es verdad, señora—asentí desde mi silla.

No sabía ella hasta qué punto eran buenas sus manos, como tampoco sabía el disgusto que me acababa de dar. ¿Cómo que no estaba y no me había dicho nada? Él me había dado los buenos días con otro precioso mensaje, me lo hubiera comentado.

Rogué al cielo para que la señora no estuviera muy bien de la chaveta y fueran invenciones tuyas, o para que el oído le hubiera fallado. Lo comprobaría en cuanto llegara mi turno y eso fue cinco minutos después.

—Buenas tardes, Ingrid, ¿verdad? —me preguntó aquel fisio de unos cincuenta años y oronda barriga que se parecía a mi Sasha lo que un huevo a una castaña.

—Sí, Ingrid. Perdona, me he quedado un tanto desconcertada, es que a mí me suele dar la rehabilitación Sasha.

—Claro, como al resto de los pacientes que vienen a esta hora, lo que pasa es que Sasha se acaba de dar de baja, me lo han comunicado hace unas horas.

—¿De baja? —Me salió del alma preguntarlo y el hombre debió pensar que si yo era tonta o algo parecida, pues no es que me hubiera dicho nada del otro mundo. No para él, claro, pero a mí fue ese mundo el que se me cayó encima, sobre todo porque no podía entender qué le habría pasado ni, sobre todo, qué motivos tenía para darse de baja sin comentarme nada.

De repente, lo noté como a años luz de mí y eso me hizo estremecer. ¿Era posible que el amoroso hombre con el que había compartido noches, días y todo tipo de vivencias durante el fin de semana se esfumara ahora así, sin darme ninguna explicación?

Estaba yendo demasiado lejos en mis pensamientos, ¿y si había sufrido algún percance y no le había dado ni tiempo a comentármelo?

En cuanto saliera miraría mi móvil. Yo era un tanto despistada y a veces le quitaba el volumen y cosas similares sin ni siquiera darme cuenta. Debía ser eso, seguro que todo aquello tenía una explicación, solo me faltaba encontrarla.

En contra de lo que me ocurría en la sesión con Sasha, la que me dio Miguel, que así se llamaba el nuevo fisio, se me hizo eterna.

En cuanto terminamos me puse el bolso en bandolera y salí a la carrera de la consulta. Me senté de nuevo en la sala de espera y saqué el móvil. Mi gozo a un pozo, ni rastro de Sasha.

De inmediato lo llamé, en cuanto salí a la calle. ¿Y si en vez de un percance había sufrido un accidente y no podía cogerme el teléfono? No, me lo hubieran dicho en la clínica... Qué tontería, ¿quién era yo para eso? Cualquier cosa podía haber pasado y yo tenía que averiguarla, vaya un sinvivir el mío...

Empecé a sudar a chorros. Viendo que no era posible que atendiera mi llamada decidí ponerle un wasap, pero no uno de esos escritos, que me resultaban muy fríos, sino un caluroso audio en el que le preguntaría con todo el cariño del mundo lo que le había sucedido y le brindaría mi ayuda.

Ni lo vio, él no tenía activada la última hora de conexión, por lo que tampoco eso ayudaba.

Llegué a la peluquería con un color de muerta en la cara que no pasó desapercibido para nadie.

—A ver si esta niña va a estar embarazada al final, después de que lo mentáramos tanto anoche —conjeturó Olga, otra amiga de mi suegra que también estaba en el cumple.

—Ni embarazo ni leches, solo es que me encuentro un poco fatigada—le contesté con muy malas pulgas, dando al traste con sus conjeturas.

—Bueno, mujer, tampoco es para ponerse así, digo yo...

—Yo me pongo como quiera, no sé si me he explicado.

A Albano se le salían los ojos de las cuencas. Llevábamos demasiado tiempo bailándoles el agua a aquellas altaneras y nunca me había visto plantarles cara. Eso sería porque yo había

permanecido sumisa durante todos aquellos años, pero se había acabado.

—Perfectamente, mujer. Pero que como des muchas contestaciones así, ya te diré yo quién va a entrar por las puertas, que yo no me voy ahora mismo porque conozco a este niño desde que era así. —Señaló una altura bajita.

—Pues si no te convence el servicio ya sabes dónde está la puerta. — A mí no me iba a venir a incordiar porque no me daba la real gana, como estaba poco calentita con lo que me había pasado...

Entré a ponerme el uniforme y ya estaba Albano detrás... Otro que mejor bailaba, no tenía bastante con cornearme, encima me iba a querer siempre perfecta, como la Barbie. Pues le iban a dar por donde amargan los pepinos.

—¿Estás bien, guapa?

—No, no estoy bien, estoy harta, pero déjame que va a ser peor.

Ni mucho ni poco le dije; lo suficiente para echar fuera un poco de la mala baba que llevaba dentro, pero sin entrar en mayores honduras para que no se me fuera de las manos...

Capítulo 15



El martes a la hora del desayuno estaba desesperada. Después del percance con la pan sin sal aquella, Albano me recomendó la tarde anterior que me fuera para casa y yo accedí.

Me pareció lo mejor, porque así le hice no una más, sino un ciento de llamadas que no obtuvieron respuesta por parte de Sasha. Creí volverme loca y ni corta ni perezosa comencé a llamar a los hospitales. La razón de que no me atendiera no podía ser otra que la de que algo se lo impidiera.

Que sí, que todo pasó por mi cabeza, pero que no podía ser eso de que después de metido, nada de lo prometido... No, el destino no podía hacerme eso a mí. ¿O sí? No, no, Sasha no, se lo rogué al cielo...

Había puesto demasiado en juego, mi mundo entero patas arriba en concreto, como para que ahora se largara por la puerta de atrás sin decir ni esta boca es mía. Siendo justa, no era él quien había puesto nada en juego, yo solita había hecho mi apuesta, arriesgándome incluso a que Albano me pillara, pero lo había hecho por amor. Sí, por amor... Yo lo quería, pero ¿y él?

Hasta el día antes hubiera puesto mi mano en el fuego porque él sentía lo mismo por mí, pero ahora ya lo dudaba más. Maldita sea, ¿qué estaba pasando?

No conseguí pegar ni un ojo en toda la noche. Albano tampoco es que pudiera descansar a la perfección con alguien a su lado que pegaba saltos hasta el techo, pero que se fastidiara. Él había abierto la caja de los truenos con su actitud. Bueno, que yo también había descornado un poquito la tapa poniendo los ojos en Sasha, pero enterarme por boca de Jesús de las andanzas de mi maridito fue lo que me empujó definitivamente a sus brazos.

—¿Qué te pasó ayer tarde, jefa? —me preguntó mi compañero a la hora del desayuno.

—Jesús es que no sé ni dónde estoy de pie, ¿sabes? Cuando llegué a la consulta de Sasha no estaba, me dijeron que se había pedido una baja, y no me ha vuelto a coger el teléfono.

—¿No has vuelto a tener noticias tuyas? —Se quedó tan sorprendido como yo.

—Ni una, ¿puedes creerlo? Es imposible, como si se lo hubiera tragado la tierra. No me digas que no huele a chamusquina, porque huele y desde kilómetros de distancia.

—Sí que huele, jefa, por mucho que pienso, no se me ocurre ningún motivo por el que todavía no te haya dado ninguna explicación, espero que no le haya ocurrido nada malo.

—Y yo también. Ahora que te digo una cosa, que como aparezca sí que le va a ocurrir, porque no sé si voy a poder aguantarme las ganas de decirle de todo menos bonito, me tiene loca.

—Normal, un finde idílico y ahora una huida por la puerta de atrás, no suena muy bien. Pero lo que te digo, que tampoco me hagas demasiado caso a mí, que igual todo tiene una explicación. Tú tranqui, que lo mismo el cuento sigue y con final requetefeliz.

Yo no sabía si la tendría o no, la explicación, pero lo comprobé aquel día a la salida del fisio. Sabiéndome sola a esa hora, recibí una llamada de teléfono suya.

—¿Ingrid?

—¡¡¡Sasha!! Maldita sea, ¿estás bien? Por Dios, no sabes el calvario que llevo pasado en este último día, no te lo puedes ni imaginar.

—Lo siento de corazón, pero es que no sabía ni qué decirte. Estoy en Madrid, me he venido unos días a casa de mi madre.

—¿En Madrid? ¿Le ha pasado algo malo a ella?

—No, no, son motivos personales los que me han llevado a tomar esta decisión.

—Pero ¿no estabas de baja? Yo tengo entendido que cuando uno se pilla una baja no puede ir tan campante adonde le venga en gana.

Cada vez entendía menos la situación.

—Esa es la versión oficial, la realidad es que he podido arreglarme con unos días que me debían de vacaciones y he dado un saltito hasta aquí.

Aunque quería aparentar normalidad, se notaba que un nudo oprimía su garganta, Lógico, y si yo lo hubiera tenido cerca hubiera sido quien se la terminara de oprimir con mis propias manos, porque ganas no me faltaban.

—Muy bonito, suena precioso, de vacaciones. Y por lo que voy viendo, también le has dado vacaciones a tu teléfono, porque no lo coges ni a la de tres, ¿puede ser?

—Ingrid, sé que tú no lo entiendes ni lo vas a entender nunca, pero créeme que tengo mis razones para haber venido hasta aquí y para...

Si mal me sonaba el resto, ya aquel “para...” ni digamos, ese me dejó más mosqueada que un pavo el día de Nochebuena.

—Termina, porque ya quiero saberlo todo. Me da a mí que no voy a volver a saber de ti, ¿no es eso?

—Ingrid, lo siento, es lo único que puedo decirte.

—¿Que tú lo sientes? No, eso es lo que crees, pero la que lo siente de verdad soy yo. Siento haberte conocido, siento haberme jugado el pellejo por ti y siento haberme creído cada una de las mentirosas palabras que han salido por tu boca en estos días. —Sin más, le colgué el teléfono.

¿Para qué seguir escuchado la sarta de sandeces que iba a seguir vertiendo, insultando mi inteligencia? Lo que está a la luz no necesita un candil y él tenía sus razones personales. Y yo las entendía a la perfección, demasiado bien las entendía; se había quedado conmigo que era un gusto.

Ea, pues ya estaba todo dicho. La ira no iba a permitir que derramara ni una lágrima más por ese farsante. Menos mal que se las daba de transparente, de sincero y de no sé cuántas cosas más.

Antes de llegar a la peluquería, llamé a mi hermana Marta, quien estaba ávida de noticias desde que supo que mi vida se había convertido en una montaña rusa.

—Martita, te necesito...

—Cuenta, hermanita, no tienes voz de que el cuento de hadas siga en pie.

—¿El cuento de hadas? Sasha no es un príncipe que se haya convertido en rana, sino en un asqueroso y miserable sapo.

—Uff, huele a retirada total, ¿no?

—Tanto que no ha sido capaz ni de decírmelo a la cara. El muy miserable de él ha huido a casa de su mamá y, después de que yo le hiciera tropecientas llamadas, se ha dignado a devolverme una en la que me informa de que razones personales le obligan a dejar lo nuestro.

—Ya, razones tan personales como que ha mojado el churro y se ha quedado tranquilo para una temporada, hasta que le vuelva a picar. Eso está precioso, pues nada, ya sabes lo que ha dicho siempre mamá, eso de que “a enemigo que huye, puente de plata”.

—¿De plata? Toditas las cuerdas le cortaba yo al puente y que se diera el carajazo del siglo, hombre, que ese no merece ni agua.

—Ya veo que estás calentita, bienvenida al mundo real, hermana.

—Ains, Martita, ahora me doy cuenta de que no estaba tan mal en mi zona de confort.

—Che, che, che, ¿eh? No me cabrees. Ha estado genial que a cuenta de esto Jesús escupiera y tú te enteraras de quien tenías al lado, no me jodas, Ingrid.

—Pero ahora tampoco puedo ni mirar a Albano a la cara, y lo que siento es que me he quedado de un plumazo sin el uno y sin el otro.

—Y es que así debe ser, ¿o no te das cuenta? Esta es una oportunidad que te está dando el destino para que partas tú solita y recorras tu propio camino. No los necesitas a ninguno de los dos.

Pues, para no necesitarlos, no es que me encontrara especialmente fuerte en ese momento, aunque la ira iba a convertirse en mi principal aliada, lo veía venir.

En los siguientes días a las cosas no les dieron por mejorar. Llegué al viernes en la agonía. Me pasaba el día con la boca seca y es que ni agua me entraba.

Albano estaba muy pendiente de mí, cosa que ni le agradecía en ese momento. No estaba para nada ni para nadie.

—Ingrid, como sigas así vas a enfermar, ¿qué te pasa? —me preguntó el sábado mientras me tomaba la mano en el jardín.

—No lo sé, es solo que no me encuentro muy bien, no le des más importancia, que me agobias.

Había pensado mucho en lo que me dijo Marta, pero había que tener ovarios para dejar todo el que había sido mi mundo atrás, con el añadido de la pena que tenía tras la burla de Sasha.

—¿Y si nos vamos de viaje? Mira, he comprado esta guía de Florencia, que sé que es un lugar al que llevas muchos años deseando ir.

—Te lo agradezco, pero no me apetece.

Mi cabeza era una olla a presión, no sabía en qué momento sería capaz de tomar la única decisión que devolvería la dignidad a mi vida... Una dignidad que creía robada por parte de aquellos dos desgraciados.

Necesitaba estar algo más fuerte para volver a tomar las riendas de mi existencia. Quizás ahora sí que le hiciera una visita real a Marta, que mi hermana sabía llamar a las cosas por su nombre y me cargaba las pilas a tope. Ojalá yo tuviera su empuje, pues a ella no le hacía falta nadie en su vida para estar feliz como una perdiz.

—Ingrid, yo ya no sé lo que hacer para verte mejor, esa es la realidad. Llevas unas semanas muy rara. Mira, yo sé que he tenido mis defectos, que me he acomodado demasiado, que he puesto mi granito de arena para que cayéramos en la rutina, pero también sabes que te quiero y que siempre te he querido. —Albano se vendía como nadie.

Perdí la oportunidad de decirle que vaya manera de querer la suya, sería falso...Pero no me encontraba todavía con fuerzas, aun a sabiendas de que tendría que reunir las a no tardar demasiado.

—¿Te importaría si me voy unos días con Marta a Barcelona? Ahora soy yo la que no se siente demasiado bien, ya sabes que entre hermanas nos apoyamos—le sugerí.

En su cabeza no debían entrar con facilidad tantos vaivenes, solo hacía unos días que había vuelto y ya estaba diciéndole de volverme a marchar.

—Como si te quieres quedar con ella un mes, yo lo único que deseo es recuperar a mi mujer, a la Ingrid alegre que lo llena todo con su sonrisa.

—Agradezco que lo entiendas.

Yo no era una falsa como él ni iba a hacer un teatro. No le diría lo que quería escuchar, que me iba para que nuestra vida se convirtiera en un camino de rosas a mi vuelta.

Si yo, con lo mucho que me importaba el negocio, tomaba la decisión de ausentarme, era para buscar el valor que me permitiera recorrer mi propio camino en solitario.

Tiempo habría de darle las oportunas explicaciones, que él me había contado bien poquito de la doble vida llevada durante años.

Llamé a Marta y le pareció fabulosa mi idea. No tardaría demasiado en marcharme, el tiempo de encontrar un vuelo aparente. Pillé billetes para el que salía el martes a media tarde y me empeñé en trabajar hasta el mediodía.

Ya que no iba a estar en no sabía cuánto, pues solo adquirí el billete de ida, al menos echaría una manita hasta el último momento.

Jesús no perdía oportunidad de echarme una miradita de condescendencia cuando Albano no nos veía, ni tampoco de salir disparado para desayunar o merendar conmigo en aquellos días. Sinceramente, no podía imaginarme pasar por ese trance sin su apoyo.

El destino, o lo que hubiera sido, me lo había puesto en el camino para que me alumbrara en lugar de aquellos dos faros que un día fueron para mí los ojos de Sasha...

Capítulo 16



Ligera de equipaje, porque tampoco tenía unos planazos extraordinarios para ese día, me dirigí a la parada de taxis. Estaba llegando cuando me di cuenta de que si no me dejaba la cabeza en ningún sitio era porque no podía separarla del cuerpo, pero no porque mi despiste no fuera monumental.

Menos mal que yo era previsora y había salido con tiempo más que de sobra. De otra forma igual me habría quedado en tierra porque reparé en que mi móvil no estaba en mi bolso.

Volví sobre mis pasos hacia el salón de belleza. Sería entrar y salir y en un periquete estaría camino del aeropuerto.

Llegué y justo en ese momento no había nadie, seguramente hubiera fallado el tinte previsto para esa hora, porque Aurora no era una cliente muy de fiar en ese sentido.

Trabajábamos con cita previa, pero como éramos varios, también dejábamos hueco para las muchas personas que llegaban con la intención de que las atendiéramos en el momento. Aquel día no serían muchas porque estaba soplando un viento de Levante infernal, de esos que te hacen agarrarte a las farolas si no quieres salir volando como Mary Poppins.

Cuando digo que no había nadie en el salón de belleza, me refiero a nadie, pues ni siquiera vi a Albano y Jesús, algo raro porque, aunque uno estuviera en el almacén, lo normal es que el otro estuviera al quite por si llegaba un cliente.

Enseguida vi mi móvil, menos mal que ningún chorizo lo había indicado desde fuera y había empleado sus largas manos en llevárselo, aunque para eso debía tener rayos láseres en los ojos.

Me acerqué para comentarles lo ocurrido, pero el tono de la conversación mantenida entre ambos me alarmó, por lo que pegué el oído. Como Albano le estuviera formando una tangana a mi Jesusito, yo es que lo arañaba enterito y hacia arriba, para que se le infectara.

—Pero serás hijo de puta, así que lo que querías era seguir toda la vida con ella, y has utilizado toda la información que te di de buena fe, para engañarnos a los dos...

No era Albano quien hablaba en ese momento, sino Jesús, y los pies se me pegaron al suelo al mismo tiempo que mis ojos se abrían hasta parecer que no iban a caber en mi cara.

—No, si te parece me iba a quedar contigo, ya sabes que en mi familia tenemos una reputación que mantener, imbécil.

¿Qué estaban diciendo? ¿Era posible aquello o me despertaría en cualquier momento y respiraría al ver que todo había sido una pesadilla?

—Yo creía que me querías, joder, Albano... Si hasta le dije que mirabas a otras con tal de que pusiera pies en polvorosa y se alejara de ti.

—¿Que le dijiste qué? —vociferó.

—Lo que escuchas, que si las mirabas de un modo lascivo y que te habías liado con la niña aquella, con Claudia.

—Pero a ti quién mierda te manda a levantarme esas calumnias.

—Ya, ya, calumnias porque eres un santo, como si no te hubieras acostado conmigo. Yo solo quería que se olvidara de ti, pero no podía confesarle con quién la corneabas de verdad, joder...

No, no podía ser, ¿mi amigo también? Me acordé de Ángeles y de lo que la pobre me contó aquel día sobre el dolor de la doble traición. Y ya de paso también me acordé de la generación al completo de aquellos hijos de mala madre, que me habían engañado como a un chino.

Quería entrar, avanzar hacia ellos, pero sentí que estaba muda; más que muda, estaba entrando en shock. De aquella no iba a necesitar unos días con Marta, sino que me ingresaran en una clínica mental.

Era Jesús, Jesús era el amante de Albano... No me había mentido en que mi marido me ponía los cuernos, solo en con quién, omitiendo también el pequeño detalle de que eso lo situaba en la otra acera. Estuve a punto de cometer el mayor error de mi vida al entrar en ese momento a soltar lindezas a molinete, pero la suerte se situó de mi lado. Ya era hora, digo yo...

—Me he acostado contigo, sí, y me lo he pasado genial. Pero nunca te dije que por ello fuera a dejar a mi mujer, ¿tú eres idiota o qué te pasa? Parece que no sabes de lo que va el mundo.

—¿Sí? Pues la vida te ha puesto en tu sitio, porque ella también se lo ha pasado de vicio retozando con el tal Sasha, información que te recuerdo que tienes gracias a mí.

—Y ya me he encargado de sacarlo de la circulación, así que lo mejor que puedes hacer es olvidarte del tema. Y, por cierto, yo de ti, ya que se te da tan bien contarle milongas a Ingrid, me iría inventando una razón para coger el vuelo de esta peluquería, que no es plan de que sigamos todos juntitos aquí como si no hubiera pasado nada.

Un momento, un momento, ¿Que había sacado de la circulación a Sasha? Ni harta de vino hubiera podido pensar que Albano estuviera detrás de su marcha.

Ya no necesitaba escuchar más, por lo que de un salto me colé en el almacén y las caras de ambos se mimetizaron con el blanco de la pared.

—¿Habéis terminado ya o me queda algo jugoso de lo que enterarme? —les pregunté cuando me presenté ante ellos.

—Ingrid, ¿cuánto tiempo llevas...?

La cara de Albano indicaba que estaba al borde del colapso.

—El suficiente para enterarme de todos tus tejemanejes. Ya sabía que eras un ponecuernos, aunque jamás hubiera imaginado que me hicieras esa faena con el que creía mi mejor amigo, pero encima esto. Maldita sea, Albano, ¿qué le has dicho a Sasha para que me dejara?

Lo cogí por la camisa, zarandeándolo, estaba fuera de mí. Él debió comprender que, una vez descubierto su juego, sería mejor que lo soltara todo porque me iba a enterar de todas formas.

—Ingrid, todo lo hice por nosotros, porque no soportaba la idea de perderte.

—¿De verdad vas a seguir haciéndote la víctima? Te tiras a Jesús, pero me quieres. Eso sí, al hombre que yo quiero, porque a él sí lo quiero, aprovecho para informarte de ello, lo quitas de en medio para hacer de mí una desgraciada. Bonita manera de querer la tuya, desecho humano, que eso es lo que eres.

—Lo de Jesús fue un error, ganas de probar...

—No intentes arreglarlo que no vas por buen camino. Eso me importa ya un pimiento, te lo repito, ¿qué le dijiste a Sasha?

—Le dije que me las arreglaría con los abogados de mi padre para modificar las escrituras de la compra del local, de la casa, y demás, te quedarías sin nada. No quería perderte, entiéndelo.

—¿Con los abogados de tu padre has dicho? Así que los rumores eran ciertos y no has soltado

prenda en todos estos años. Eres hijo de un político influyente que te iba a prestar su ayuda para hacer un chanchullo y dejar con una mano delante y con otra detrás a tu mujer, mejor me lo pones.

—Ingrid, era un decir. Yo no hubiera llegado tan lejos, pero solo con mencionarlo...

—Solo con mencionarlo Sasha me dejó, ¿no es eso? ¿Y no te ha dado por pensar la razón? Cuando uno quiere a alguien no trata de conservarlo con malas artes, sino de amarlo para que no tenga ganas de volar de su lado; él no ha querido perjudicarme. Esa es la diferencia entre él y tú; Sasha me quiere y tú lo que quieres es conservarme a toda costa para poder seguir teniendo la vida cómoda que has llevado hasta ahora. Yo te maldigo y que sepas que no voy a volver a mover un dedo por nuestro matrimonio, voy a luchar por el hombre que me hace sentir una mujer de verdad. En cuanto a ti, te compraré tu parte del negocio, ¡me lo quedo yo! Y si tienes algo que objetar o piensas seguir con alguna de tus sucias maniobras no pararé hasta que se sepa en el último rincón de Cádiz. Por cierto, y para tu información, esta conversación está siendo grabada, como aval de lo que digo.

Le enseñé el móvil y creo que estuvo a punto de hacerse sus necesidades encima.

—Está bien, Ingrid, tú ganas, pero no hay necesidad de meter a nadie más en esto, ¿vale?

—No, ahora ya puedes ir a contárselo a tu mamaíta y a las alcahuetas de sus amigas, que no las puedo ver a ninguna con ojos que tengo en la cara. Su casa es como un nido de culebras, de modo que ya puedes instalarte allí desde este momento, encajarás estupendamente, no te preocupes.

—Te recuerdo que tú tampoco eres una santa y que tienes mucho que callar.

—¿Que callar? No, estás muy equivocado. A diferencia de ti, yo voy a dar la cara por mi amor y voy a pasear muy orgullosa de su mano por todo Cádiz, eso te lo garantizo. Así que prepárate porque se va a formar una revolución que vamos a salir hasta en las agrupaciones del teatro Falla estos carnavales como muevas un dedo en nuestra contra.

Albano, que ya llevaba lo suyo, salió del almacén dando un portazo. Yo todavía tenía una cuenta pendiente y estaba a punto de saldarla, para lo que resoplé.

—En cuanto a ti, “amigo”, no sé si tengo palabras para describirte. Si el otro equivale a la inmundicia, tú eres todavía peor. ¿Eres consciente de lo que has hecho? Me has traicionado de la forma más vil que podías hacerlo, yo te consideraba casi como un hermano, aunque no lleváramos la misma sangre en las venas.

—Ingrid, yo me cegué, no puedo decir otra cosa... Hace mucho que estoy enamorado de Albano hasta los huesos, desde el principio de trabajar con vosotros te diría yo. ¿Sabes lo que ha sido para mí veros juntos todos estos años? Y luego fue peor, porque un día empezamos a tontear y al final nos acostamos. Fue la primera de muchas veces, pero pronto vi que él solo jugaba conmigo y con mis sentimientos.

—Pobre niño Jesús, no como tú, que jugabas tan limpio... ¿quieres darme pena o de qué va esto? Te has aprovechado de mí y has sido un correveidile, además de un traicionero nato. Yo hubiera dado por ti lo que hiciera falta, eras uno de los míos, y tú...

—Jefa, yo no quería, tenía una venda puesta. Pensé que Albano me amaba y...

—Pues nada, ahí lo tienes para ti enterito, a ver si ahora logras conquistarlo. Eso sí, te doy un período de garantía de un año, después es más aburrido que una ostra. Y otra cosa, a ver si le gustas a su madre como yerno, que me da una pena tremenda perderme las presentaciones, “amigo”.

Me despaché a gusto con él y, para cuando quise salir del almacén, ninguno de los dos estaba ya allí. Esa fue la última vez que pisaron el local. Yo salí a continuación, poniendo un cartel de “Cerrado hasta el lunes por motivos personales. Disculpen las molestias.”

Llegué al aeropuerto a lo justo para el embarque. El avión estaba a punto de salir. En un rato pisaría suelo madrileño... Sí, no me había vuelto loca, madrileño, porque por el camino hice el cambio de billete.

Barato no me salió, porque tuve que coger lo único que me ofreció el sistema, pero yo hubiera pagado mi peso en oro por llegar a la capital de España, el lugar en el que Sasha estaba pasando unos días hasta poner en orden su cabeza...

Capítulo 17



Llegué de noche a Madrid, no quise decirle ni media palabra a Sasha hasta que no estuviera allí. Lo que tuviéramos que contarnos debía ser en persona, mirándonos a los ojos y viendo el uno qué sentía el corazón del otro.

Tal cual aterricé lo llamé y rogué al cielo para que descolgara la llamada. Entendía que en su día no lo hiciera, porque no sabía ni lo que decirme, pero después se puso en contacto conmigo. Lo normal era que me diera el derecho a la réplica.

Mis ilusiones se fueron esfumando conforme sonaban los tonos del teléfono, pero cuando estaba a punto de colgar se obró el milagro.

—¿Ingrid, eres tú? —Su tono mostraba sorpresa.

—Soy yo y te informo que lo sé todo; sé que has querido cubrirme las espaldas y te lo agradezco, pero ya está todo solucionado. También te informo de que estoy en Madrid y de que he venido para llevarte a casa.

—¿Cómo dices?

La información se la di como en un telegrama de esos que se enviaban hace años y debí dejarlo con la boca abierta.

—Lo que has escuchado, así que ya puedes darme tu ubicación, que me muero por besarte.

Lo dije alto y claro, aunque no hizo falta que yo fuera a buscarlo, porque me recogió él a mí con su coche. Subí a él y nos dimos como una docena de besos de película.

—Ingrid, yo...—murmuró cuando por fin tuvo la boca libre.

—¿Por qué no me lo contaste, Sasha? Tú no lo sabes, pero si hubiera llegado el caso, por ti le habría dado una patada al negocio, a la casa y a todo...

—Sí, sí que lo sé, y pensé que no era nada justo. Tú llevas toda la vida luchando por tener algo y de repente tendrías que tirarlo todo por la borda por mí, no creo valer tanto como para eso.

—Oye, que sea la última vez que digas una cosa así. Yo soy mayorcita para decidir con quién quiero estar y a qué precio, ¿o no? —Adopté esa posición de los brazos en jarra que tanta gracia le hacía.

—Claro que sí, pero no quería perjudicarte, no quería que lo nuestro te costara un precio tan alto. Y lo malo es que me vine aquí para recapacitar y a la única conclusión a la que llegaba era a la de que no podía vivir sin ti, mi amor.

—Ni yo sin ti, cariño.

Nos echamos a llorar como dos niños, porque la jugarreta de aquellos dos mamarrachos nos podía haber costado demasiado cara. Se lo fui contando todo por el camino y lo dejé loco, como era de esperar.

Aparcamos el coche y bajamos. No podía sentirme más feliz recorriendo las calles de la capital de España de su mano.

—¿Qué quieres cenar? Te invito al mejor restaurante en el que logremos entrar sin reserva, preciosa.

—¿Qué dices? Ya habrá ocasiones para ir de etiqueta, esta noche lo que de verdad me apetece es un buen bocata de calamares.

—¿No es coña? —Enarcó una ceja, no se lo esperaba.

—¿Coña, dices? Se me hace la boca agua solo de pensarlo, vamos a por él.

Terminamos corriendo por las calles en la primera noche que pasaríamos en un lugar del que me enseñó cantidad de rincones, que para algo era madrileño.

Nos hospedamos en un hotel en plena Castellana, una luminosa arteria que nos ofrecía una sublime imagen nocturna de la capital.

—No quiero que esto cambie nunca—le confesé emocionada.

—Y yo te prometo que no lo hará, salvo para mejor. —Me dio un beso en la mejilla, no podía ser más lindo.

Mientras me agarraba fuerte por la cintura comencé a soñar despierta con la que sería nuestra vida, porque Sasha estaba dispuesto a dar los mismos pasos adelante que yo.

Al día siguiente, después de una salvaje noche de sexo, pero también de mucho amor, me hizo una propuesta que confirmaba esos pasos.

—¿Te apetecería almorzar con tu suegra?

Entrecerré los ojos indicándole que la suya era una pregunta con mucha fuerza.

—¿Con mi suegra? Pues claro que sí, quién dijo miedo.

Unas horas después, tras dar un entretenido paseo por el centro, acabamos en la zona de Moncloa, donde residía Eugenia, que así se llamaba la mujer.

Me recibió de mil amores y eso es algo que no tendré vida para agradecerle, porque me hizo sentir como una hija desde que crucé el umbral de la puerta de su casa. Charlar con ella me permitió también conocer más en profundidad al hombre del que ya me confesaba totalmente enamorada.

Eugenia insistió en que dejáramos el hotel y nos quedáramos en su casa los días que permaneciéramos allí, normalizando por completo la situación.

El sábado, cuando nos marchamos, le di las gracias de todo corazón. Su gesto también ayudó a consolidar eso que yo tanto deseaba; mi relación con Sasha.

Salimos ese día porque haríamos una paradita antes de llegar a Cádiz, ya que mis padres también merecían una explicación. Llegué sola, pues todavía no sabían nada de mi historia (Marta me guardó el secreto celosamente) y les pormenoriqué lo sucedido.

Aunque el cuadrulado de mi padre casi entra en coma, mi madre esa vez sí rompió una lanza por mí, diciendo que ya ardía en deseos de conocer a su nuevo yerno.

A la hora de la cena ya estábamos allí los cuatro, y Sasha como un flan, pero es que si íbamos a comenzar una nueva vida ellos debían estar al tanto. Igual que ocurrió en el caso de Eugenia, mi chico fue acogido por mis padres con todo el cariño. Incluso también nos quedamos a dormir en su casa.

No fue hasta la mañana del domingo cuando pusimos rumbo a Cádiz. Yo tenía mucho que ordenar en mi vida, porque todo iba a ser novedoso, pero me encontraba con las fuerzas suficientes para hacerlo.

Mientras recorríamos sus calles camino de casa, sonaba Niña Pastori con su "*Cai, por la madrugada, cómo me huele a sal, mi Cai...*"

Epílogo



2 años después

—Marta, que no va a colar, te digo yo que a estas alturas ya no...

—Pero déjame intentarlo, anda. Y si cuela lo aparto del tirón, es que me mondo de la risa.

A Sasha siempre le pasaba igual, que andaba con siete ojos siempre que estábamos juntas por si se equivocaba. Y a mi hermana le encantaba el juego. Por esa razón, siempre que venía a visitarnos o nosotros a ella, lo primero que hacía era peinarse igual que yo, para descolocarlo del todo.

—Hoy no es el día, que está de los nervios. Y Eugenia está con él, ¿qué va a pensar?

—No seas sosa, si la mujer es un amor, casi igual que tu anterior suegra. Tú espera...

Marta entró de puntillas en el salón, donde estaba toda la ropa de Sasha y este pegó un grito.

—¡Cariño, que tú tampoco puedes ver mi traje!

Se llevó las manos a la cabeza mi Martita, como si se hubiera confundido de estancia, según me contó a continuación. Y él fue a consolarla y hasta a darle un beso, porque se hizo la mártir con gestos.

Qué pelmaza era y qué le gustaba un cachondeo. Cuando abría la boca, ya la cosa cambiaba, porque su voz era más grave que la mía y difícilmente colaba, pero mientras daba el pego total.

—¡Que soy tu cuñada, merluzo! —le espetó y vino corriendo a contarnos.

Ya está, ya había hecho la gracia del día. Menos mal que de niña era más callada que yo, porque de mayor se había hecho una buena pieza.

Mientras se regodeaba contándolo, mi padre la miraba sin dar crédito.

—Le parecerá bonito, doctora Gutiérrez.

—Papá, que es la boda de tu hija, no un congreso médico, anda...

Lo dijo como si en los congresos médicos fuera de lo más seriecita, cuando lo cierto es que la liaba parda también en ellos.

Mi padre me miró enseguida. Que yo no fuera doctora como ella, no era óbice para que terminara sintiéndose igual de orgulloso de mí, algo que yo notaba ya desde hacía mucho tiempo.

Al final la cabra tira al monte y él me sabía feliz en mi salón de belleza, que defendí con uñas y dientes desde la apertura aquel lunes, en el que me las vi y me las deseé para atender yo solita a los clientes.

En esa misma semana hice dos buenos fichajes; Ángel y Blanca, que debían venir con garantía porque me habían salido buenísimos.

Durante aquel tiempo no había vuelto a coincidir con Jesús, y eso que Cádiz era un pañuelito, pero si él me había visto en alguna ocasión por la calle se habría escondido debajo de una piedra. No por eso no supe de él, que las clientas lo parlotaban todo, y terminó trabajando para una peluquería de esas que son una franquicia situada en un centro comercial.

Otro al que parecía haberse tragado la tierra era Albano, que igual sí terminó por ir en busca de su Romina, o de su Romino, que visto lo visto no sabía yo. Después de que le diera la patada, aterrizó en Madrid aceptando un empleo, casi con toda probabilidad por parte de su padre, que enchufados ha habido toda la vida y seguirá habiendo.

A mí, sin embargo, no me hizo falta enchufe alguno para seguir adelante. Negocié con él un precio conjunto por su parte del negocio y de la casa, le firmé un cheque, y le dije que no quería volver a verlo en la vida.

No es que el dinero para ello me creciera en una de las plantas de mi jardín, sino que pedí un crédito al banco. Después de eso, y ya sin cuentas pendientes con él, vendí la casa y Sasha y yo nos compramos un precioso ático en el paseo marítimo, con una vista que parecía un cuadro.

Nos íbamos a casar en plena catedral, ¡ahí es nada! Sé que debéis estar pensando que cómo es posible, si yo estaba divorciada. Pues muy sencillo, para mí resultó tan decepcionante mi primer matrimonio que no dudé en rascarme el bolsillo y pedir la nulidad al Tribunal de la Rota.

Gracias a ello, me vi subiendo las escalinatas de la catedral con aquel deslumbrante y sexy vestido, totalmente ceñido por la parte superior y con escote palabra de honor, y con volantes en la inferior. Su inspiración flamenca era evidente, desde el principio quise un traje que le hiciera un guiño a mis raíces andaluzas.

Marta era mi dama de honor y Sasha la miraba de reojo en todo momento, y luego me miraba a mí, como temiendo que se la volviéramos a jugar, y en ese caso sí que sería la monda.

No, ese día no me suplantaba a mí la identidad nadie, que para eso me sentía más que orgullosa de casarme con el hombre de mis sueños.

Mi chico estaba enamorado de mí hasta la médula, igual que yo de él. Y no solo me lo demostraba cada noche en la intimidad, sino cada día, siendo ese compañero fiel y cariñoso al lado del cual crecí en lo personal y en lo profesional, lo mismo que él.

Al subir las escalinatas recogí el bajo de mi vestido, no solo para no darme de bruces con ella, sino para enseñar a los cientos de presentes mis maravillosos zapatos de novia en rojo que me habían hecho a medida, después de que me pasara horas diseñándolos.

Aquellos serían la joya de la corona de mi vitrina, representando el día en el que “un idilio por los pelos” dio lugar a la unión de dos vidas... Dos vidas que vibraban cuando estaban juntas y que apostaban por un futuro en común que se abría ante nosotros como los pétalos de una rosa... De una rosa roja, se entiende.

En esa ocasión sí que disfrutaría junto a mi marido de una luna de miel como ambos nos merecíamos, con punto de partida en Florencia y parada en diversas ciudades más, recorriendo la bota italiana casi al completo, que para eso a mí me perdía el calzado. Qué chiste más malo...

Y colorín colorado, este idilio se ha acabado. No, el idilio no acabará jamás, pero ha llegado la hora de poner punto final a su relato deseando que os haya gustado.